

EL CALLAO SE MUEVE

DORA MAYER

El Callao se mueve

Una crónica de su centenario



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América
Fondo Editorial

Mayer, Dora

El Callao se mueve. Una crónica de su centenario / Dora Mayer.

1.^a ed. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2025.

120 pp.; 13.5 x 21 cm

Callao / centenario / modernidad / urbanismo

ISBN 978-9972-46-773-8

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2025-05155

Primera edición

Lima, junio de 2025

© Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Fondo Editorial

Av. Germán Amézaga n.º 375, Ciudad Universitaria, Lima, Perú

(01) 619 7000, anexos 7529 y 7530

fondoedit@unmsm.edu.pe

© Dora Mayer

Imagen de carátula: montaje digital de Elvira Alionca Respaldiza Chávez

Dirección General de Bibliotecas y Publicaciones

Pablo Sandoval López, director

Dirección del Fondo Editorial y Librería

Luis Alberto Suárez Rojas, director

Cuidado de edición

Luis Eduardo Zúñiga Morales

Transcripción del manuscrito original

Alberto Loza Nehmad

Revisión de transcripción

Fondo Editorial de la UNMSM

Corrección de estilo y diagramación de interiores

Josseline Vega Vicente, Rodrigo Galloso Cossios, Selene Chiroque Inga
y Raúl Huerta

Diseño de cubierta

Angello Chirinos Villanueva

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente edición, bajo cualquier modalidad, sin la autorización expresa de la titular de los derechos.

Índice

Prólogo. El Callao de Dora Mayer	9
Sobre el origen del manuscrito	17

EL CALLAO SE MUEVE (1938) / 23

PRIMERA PARTE

Los valores del pasado y la perspectiva del porvenir / 25

El Callao se mueve	27
La relatividad del Callao con otras ciudades	27
Ciudades en transformación	28
Un punto de partida	30
El arreglo de una ciudad	31
La educación del público	33
Los árboles	34
El agua	37
Propietarios e inquilinos	40
Los ciudadanos	45
Casas de la Beneficencia y barrios obreros	47
El estándar de vida	48
Una clasificación de propietarios y de barrios	51
La nomenclatura de las calles del Callao	55
Una ley del silencio	57
La Parada	59
Los vendedores ambulantes	61
Madama la Higiene	63
Leyes y ordenanzas	64
Casas de muchos pisos	66

SEGUNDA PARTE

El puerto / 71

El puerto	73
La Punta	74
La isla de San Lorenzo	77
El Frontón	78
Agua artesiana	78
El Varadero Heinrich	80
El ocaso de los pescadores	80
El comercio de cabotaje	81
La Compañía Peruana de Vapores	82
El Mar Bravo	82

TERCERA PARTE

Miscelánea. Hechos, datos y detalles / 85

De 1936 a 1938	87
El clima y la atmósfera	88
La mortalidad en el Callao	92
Los hospitales chalacos	93
Las rentas de la Beneficencia	95
Las rentas de la municipalidad	95
Cuestiones contenciosas	96
Los surtidores de agua	99
Los censos de la Beneficencia	101
Un decreto interesante	103
Centros de disciplina	105
De generación a generación	106
Civismo	107
Los problemas y la historia de una ciudad	109
Última palabra y testimonios	111

Prólogo

El Callao de Dora Mayer

Dora Mayer fue testigo de excepción del cambio ocurrido en el Callao en la primera mitad del siglo xx. Residía en el Callao y, más específicamente, en el barrio de Bellavista, que precisamente en su tiempo fue reconocido como un distrito del Callao (1915). Su visión del cambio es un tanto ambigua. De un lado, reconoce que, como puerto y ciudad, el Callao se ha quedado rezagado con respecto a los dos puertos mayores de Sudamérica: Buenos Aires y Río de Janeiro, y lamenta mucho este hecho. Sin embargo, de otro lado, refiere con preocupación el cambio experimentado que, en su mirada, va en mal camino al no definir espacios industriales y residenciales. Inclusive, estos últimos no tenían una clara identidad de clase (barrios obreros y de clase media y alta).

El Callao se mueve es un ensayo testimonial de Dora Mayer redactado con motivo del centenario de la autonomía político-administrativa del Callao (1836-1936). No lo llegó a publicar en ese momento, y sospecho que esto se debió al largo tiempo de su redacción, ya que recién en abril de 1938 cerró la tarea. Su mirada aguda y penetrante le permite ver aspectos del puerto-ciudad imperceptibles para otros observadores, quienes aprovecharon la efeméride más bien para rememorar la historia y presentar los avances que tenía el puerto de aquel entonces. En este sentido, el texto comentado es de gran importancia porque son reflexiones que parten de la sensibilidad especial de quien, como Dora Mayer, analizaba la sociedad peruana en diferentes facetas desde

hacía unas tres décadas. A diferencia de quienes mostraban un puerto pujante y moderno, Dora Mayer prefiere preguntarse por las direcciones que ha de seguir el puerto desde diversas perspectivas: como emporio portuario del Pacífico, como urbe que multiplica su población en un breve lapso y se expande rápidamente por el espacio contiguo, como puerto que funciona como un motor de diversas actividades industriales y comerciales, y como ciudad con nuevos servicios, lugares de residencia y de veraneo.

Este texto es, en cierto modo, el equivalente para el Callao de *Lima la horrible* (1964) de Sebastián Salazar Bondy. En ese ensayo, publicado más de un cuarto de siglo después, el destacado escritor limeño criticaba a los sectores pudientes de la capital por intentar recrear una Lima colonial idealizada, bajo el falso supuesto de que representaba una suerte de arcadía. La obra de Mayer también podría haber tenido como antecedente el nostálgico *Una Lima que se va* (1921), de José Gálvez, al modificarse el puerto-ciudad de manera muy significativa en todos sus aspectos en un lapso muy reducido. Dora Mayer recoge el sentimiento de los habitantes mayores del Callao, quienes veían que su ciudad cambiaba a una velocidad que ellos no podían apreciar muy bien.

Sin embargo, a diferencia de los nostálgicos, Dora Mayer entiende la necesidad del cambio. Dedicar este texto, más bien, a llamar la atención acerca de aspectos que, en su opinión y experiencia concreta, deben ser conducidos para evitar un crecimiento desordenado y caótico. El ejemplo de Lima le dice que se debían tomar acciones para que el Callao no se convierta en una urbe inmanejable. A lo largo de su texto, remarca que le preocupaba el crecimiento industrial en cualquier rincón del puerto-ciudad y, al mismo tiempo, que el Callao fuese tenido como un balneario de los sectores poderosos de la capital. El centro histórico del Callao debía albergar la administración, en tanto que las industrias

debían seguir el ejemplo del Frigorífico instalado a las afueras de la ciudad. De la misma manera, abogaba por separar geográficamente los barrios residenciales de los obreros.

Dora Mayer tenía motivos valederos para preocuparse. Ante sus ojos, el Callao estaba cambiando de manera vertiginosa. El Callao de dimensiones pequeñas, de escasa población permanente y rodeado de caseríos, huertas surcadas por canales y acequias de regadío, humedales con puquios a la vista y numerosas playas a lo largo de la ribera estaba rumbo a ser reemplazado por una urbe de grandes dimensiones que invadía la campiña y destruía el litoral para dar paso a la ampliación del puerto.

El Callao duplicó su población en un cuarto de siglo: de 32 298 a 70 141 habitantes entre 1905 y 1931. La ciudad se consolida como una población joven (el 65% es menor de 30 años), alfabeta y con una ligera predominancia de varones. A pesar de su cosmopolitismo histórico, la población del Callao seguía siendo peruana en más de un 90%, con minorías extranjeras: sudamericanos, italianos, chinos, ingleses, franceses, alemanes, españoles y japoneses. Estos últimos fueron la colonia extranjera más numerosa en 1931. La mitad de los peruanos había llegado de las diversas provincias costeñas y serranas del país. Así, además de cosmopolita, el Callao era un puerto mestizo.

Por otra parte, las dos leguas que separaban la capital del puerto parecían haberse recortado gracias a las nuevas vías de comunicación terrestre, caracterizadas por un intenso tráfico —como el ferrocarril, el tranvía eléctrico, además de cinco avenidas troncales: Colonial, Unión o Argentina, Progreso o Venezuela, La Paz, Miramar o Costanera—, y a los nuevos hitos del avance de barrios para la clase media y obrera, como las plazas Leguía o Guardia Chalaca, y Fanning u Obelisco, en la vecindad de las haciendas que dominaban la zona alta del Callao.

El crecimiento «natural» de la población debía ser la vía hacia Bellavista. La antigua población colonial recobró su prestancia y, en sus inmediaciones, surgió el barrio de La Perla, que pretendía convertirse en el nuevo balneario de moda en competencia con La Punta, Magdalena y Chorrillos. Más bien, La Punta se consolidó como el lugar de veraneo y de residencia permanente. A la vuelta de dos décadas, pasó de ser un caserío de pescadores con su ancestral culto a la Cruz de La Punta-Punta a ser el primer barrio residencial de sectores medios de la sociedad chalaca. Algo similar sucedía en la parte más ancha de la península: la zona industrial de Chucuito pasaba a ser mayormente residencial, aunque, en 1938, todavía contaba con numerosas factorías y talleres de las compañías de vapores con sus respectivos muelles de madera, astilleros y baños públicos. El centro de la ciudad se tugurizaba al mismo ritmo que tardaban en aparecer los nuevos barrios en las áreas de crecimiento hacia el norte y el este, en tanto que la histórica fortaleza del Real Felipe dejaba de ser el almacén de la aduana del Callao.

La ciudad se embelleció notablemente: calles más anchas y alamedas llenas de árboles, así como una veintena de plazas y plazuelas (la del Pueblo, la de las Flores, la renovada Casanave o del Óvalo, etc.), doce de ellas con fuentes y monumentos a los héroes de la independencia y la guerra con Chile. Sin embargo, entre los ficus y el mármol, el Callao ya respiraba los aires de una urbe moderna con sus grandes y medianas empresas industriales y de servicios en el área urbana, que generaban desconcierto entre quienes, como Dora Mayer, veían con preocupación la suerte de ese Callao pequeño que habían conocido poco tiempo antes.

La transformación mayor, sin embargo, fue el puerto mismo. Ya desde inicios del siglo, el muelle y la dársena de las décadas de 1860 y 1870 no se daban abasto para satisfacer las exigencias del tráfico marítimo mundial; además,

con el fracaso del traslado del puerto a la isla de San Lorenzo en 1914, se manifestó con mucha mayor claridad la obsolescencia del principal puerto peruano y del Pacífico sudamericano. El régimen de Leguía inició la construcción del Terminal Marítimo del Callao (que llevaba el nombre del entonces presidente), una obra colosal que demoró unos siete años en construirse hasta su puesta en funcionamiento en 1934. En ese lapso, se hundió el gran dique flotante de la Compañía Peruana de Vapores, lo que añadió una nueva urgencia a la infraestructura portuaria: construir un gran dique seco.

El nuevo puerto modificó toda la ciudad. La nueva aduana, los seis nuevos espigones y el dique seco cambiaron el litoral al convertir toda la ribera de la ciudad en la zona de servicio del puerto, ocupando casas y calles, eliminando muelles secundarios, instituciones y baños públicos, y en especial el barrio de pescadores. Todo ello obligó a dirigir el crecimiento urbano hacia las chacaritas más allá del paseo Garibaldi y del hospital de San Juan de Dios, la zona de Barlovento (hacia el Mar Bravo) y, como siempre, hacia Bellavista. En 1938 se inició el relleno del enorme espacio marino entre el todavía vigente muelle de fleteros y la dársena, conocida como La Poza, escenario de los deportes náuticos y acuáticos del Callao. Inclusive se modificó el eje de contacto del puerto con la ciudad capital al cerrarse definitivamente la aduana en el Real Felipe y perder importancia el Ferrocarril Inglés, que recorría la avenida que pasó a llamarse Buenos Aires y, hoy, Miguel Grau. En ese momento, Dora Mayer estaba escribiendo sus impresiones sobre el Callao que desaparecía y el Callao que no terminaba de aparecer. Dos años después, el 24 de mayo de 1940, el Callao volvió a sufrir un terremoto que destruyó la ciudad casi por completo. Pero eso ya no lo consignó Dora Mayer en su relato que, probablemente, si seguía vigente para ser publicado, dejó de

ser prioridad por haber desaparecido la situación que ella estaba comentando.

Dora Mayer inicia su interesante y documentado relato con una afirmación triste pero que indica su motivación: «No hay amor al pasado; no hay amor al Callao sencillo en el que morábamos quizá más felices de lo que moraremos en el Callao grande del futuro» (p. 34). Los árboles estaban «luchando» con el cemento mientras se perdía el orgullo cívico de sus pobladores.

A Dora Mayer le interesan las condiciones de educación y salubridad, la vivienda popular y mesocrática; estaba en contra de la «potencia plutocrática» de los créditos bancarios (p. 44), y, antes bien, aboga por el altruismo y el humanitarismo de la gente adinerada en favor de los pobladores «realmente menesterosos» (p. 46). Se preocupa por el proletario, a quien, al no poder adquirir una vivienda, «se le empuja [...] hacia un abismo desde donde alzaré el puño contra el mundo despiadado» (p. 48).

En cuanto a las construcciones, se opone al intento de establecer «rascacielos» en el centro y en los suburbios, muy diferentes del «antiguo estilo de casas para el pueblo, edificadas de quinchá y barro» (p. 50). Se refería, respectivamente, al edificio de la fábrica de la Compañía Nacional de Cerveza —de cinco pisos en la Plaza del Óvalo— y al barrio de Guardia Chalaca —entre los jirones Arica y Vigil—, con sus casas ornamentadas y vistosas. Prefiere que las casas tengan un precio similar por barrio, con el fin de crear urbanizaciones más homogéneas para las clases trabajadoras y medias: «La ciudad es de todos, pero el barrio debe ser de cada clase de gente». «Los hábitos de la masa son generalmente de descuido, de poco aseo, de poca minuciosidad y delicadeza» (p. 52). Páginas después, agrega como una solución crear «variedad de barrios con reglas adecuadas a la diversa categoría de estos»: un barrio residencial «que tenga en su interior mármoles y

todos los costosos aparatos higiénicos propios para gente no connaturalizada con microbios y otros elementos poco limpios», diferente a los barrios obreros y arrabales donde «hay que dejar que la higiene no mande mucho, porque miseria e higiene son ingénitamente reñidas» (p. 60).

En definitiva, a Dora Mayer le afectaba el crecimiento espontáneo de la ciudad, con barrios nuevos y amplios pero contaminados y ruidosos por las bocinas de los autos y de las radios de casas particulares. Más bien, no le molestaban los pregones de los vendedores callejeros en tanto que se trataba de gente menesterosa, «pobres, nobles ejercitantes de un trabajo honrado» (p. 62).

El Callao de Dora Mayer crecía restringiéndose a la vez. Ella llama «entusiasmo del centenario» a las obras públicas propuestas y muchas de ellas ejecutadas en esos años: los pozos artesianos, el Colegio Nacional Dos de Mayo, el Hospital Naval, la Maternidad, la piscina municipal, la Biblioteca Municipal, el Asilo de Ancianos y el hospital mixto (p. 87). Para ella, el «ideal de metrópoli» del Callao no debía resultar en una gran urbe, sino en «una ciudad bien organizada y bien cuidada, aunque se quede en dimensiones menores que las soñadas» (pp. 90-91). No por casualidad finaliza su relato con una breve exposición sobre la sanidad de la población chalaca, afectada por la tuberculosis, y las condiciones de la educación por preocuparle el civismo y la disciplina social de manera muy directa (tercera parte).

Este texto es diferente a los que nos tiene acostumbrados Dora Mayer. Gracias a esto, nos acercamos a una mejor comprensión del pensamiento de la gran intelectual alemana que adoptó al Perú como su nueva patria, al Callao como su «patria chica» y a los peruanos humildes como sus protegidos.

Sus palabras finales explican que no se trata de un conservadurismo social, sino de una «apología de la historia»

como parte constitutiva de una colectividad y que debe fomentarse «con educación y más educación»:

Los lectores habrán notado en mi trabajo poco entusiasmo por el fausto que se anuncia para el próximo porvenir del Callao y algo de apología del pasado, que muchos quisieran dar por liquidado. Seguro es que nunca se liquida el pasado, que es parte inalienable tanto de una personalidad colectiva como de una persona simple (p. 111).

Y concluye con una invocación:

La nueva aurora del Callao se presta a iniciar una época serena [...]. Paz sea contigo, benigno y relativamente inmaculado suelo del primer puerto de la República del Perú. Paz sea contigo por la inspiración de la sabiduría divina y la voluntad de los hombres de obedecer al imperativo supremo, y por la esperanza que ha puesto la América en tener una historia digna de un siglo avanzado (pp. 117-118).

FRANCISCO QUIROZ
UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

Sobre el origen del manuscrito

Para entender cómo llegó a nuestras manos el manuscrito *El Callao en la época de su centenario*¹, de la investigadora, periodista y escritora peruano-alemana Dora Mayer, debemos remontarnos a dos personalidades clave de la cultura peruana de finales del siglo xx: el activista político y educador Andrés Paredes Luyo y José Respaldiza Rojas.

La casa familiar de Andrés Paredes Luyo estaba cerca de la de Dora Mayer. Eran vecinos cercanos. Ella lo educó desde su niñez. Primero fue su profesora de inglés. Al observar las habilidades cognoscitivas del pequeño Andrés, Dora se convirtió en su maestra. Lo orientó, le enseñó a leer, a escribir y cumplió un rol de tutora. Con el paso del tiempo, Andrés prácticamente se convirtió en un hijo. Ella lo llevaba a todas las actividades y paseos que formaban parte de su agenda. El vínculo emocional entre el niño y la maestra creció hasta establecerse un parentesco similar al de una madre y su hijo. Dora se preocupó por el desarrollo académico de Andrés durante todas sus etapas de crecimiento: niñez, pubertad, adolescencia y juventud. Así transcurrió el tiempo, hasta que, en su etapa adulta, Andrés Paredes Luyo se convirtió íntegramente en la persona de confianza de la escritora.

Es justamente en este periodo que Dora Mayer le entregó a Andrés una parte de su archivo personal: memorias, cartas, fotos y otros documentos que actualmente se encuentran en

1 En la primera parte del manuscrito, Dora Mayer indica que el título original fue *El Callao en el año de su centenario*, pero que, a sugerencia de un colega y debido a la rapidez de los cambios en la ciudad, decidió modificarlo a *El Callao se mueve*. Sobre esta base, el Fondo Editorial de la UNMSM ha adoptado este título para la presente edición.

la Biblioteca Central Pedro Zulen de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Dentro de ese grupo de documentos destaca el manuscrito *El Callao en la época de su centenario*. En 1984, Andrés Paredes Luyo entregó las memorias de Dora Mayer a José Respaldiza, y este a su vez le facilitó esos documentos al historiador y docente Pablo Macera, quien los publicó en el Seminario de Historia Rural Andina. Con el paso de los años, nos percatamos de que esas memorias estaban incompletas.

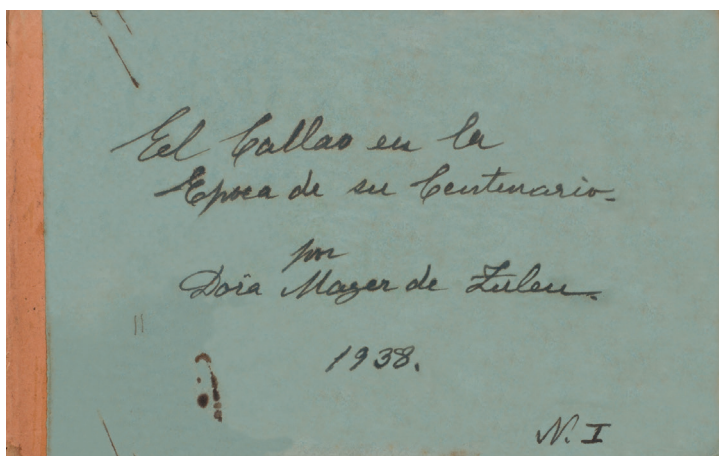


FIGURA 1. Portada del manuscrito con el título original de la autora.

Fuente: Fondo Reservado de la Biblioteca Central de la UNMSM.

Desde jóvenes, Andrés Paredes Luyo y José Respaldiza compartieron una entrañable amistad cimentada en sus ideales políticos y su vocación por la educación.

Décadas después, en 2018, Andrés Paredes Luyo visitó nuestra casa familiar y me entregó personalmente el archivo de Dora Mayer. Me pidió que lo donara a mi *alma mater*, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, lo cual cumplí. Durante esta entrega, me dio también dos capítulos adicionales de las memorias que faltaban. Dentro de este archivo

estaba el mencionado original del manuscrito. Es así como este documento llega a mis manos.

Personalmente, antes de donar el manuscrito *El Callao en la época de su centenario*, tuve el temor de que se pudiera extravíar. En esas circunstancias, le pedí ayuda a Gabriel Ramón Joffré, quien, junto a Marisol León Fernández, se encargó de digitalizar este manuscrito de manera gratuita para donarlo a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y publicarlo en su página web institucional.

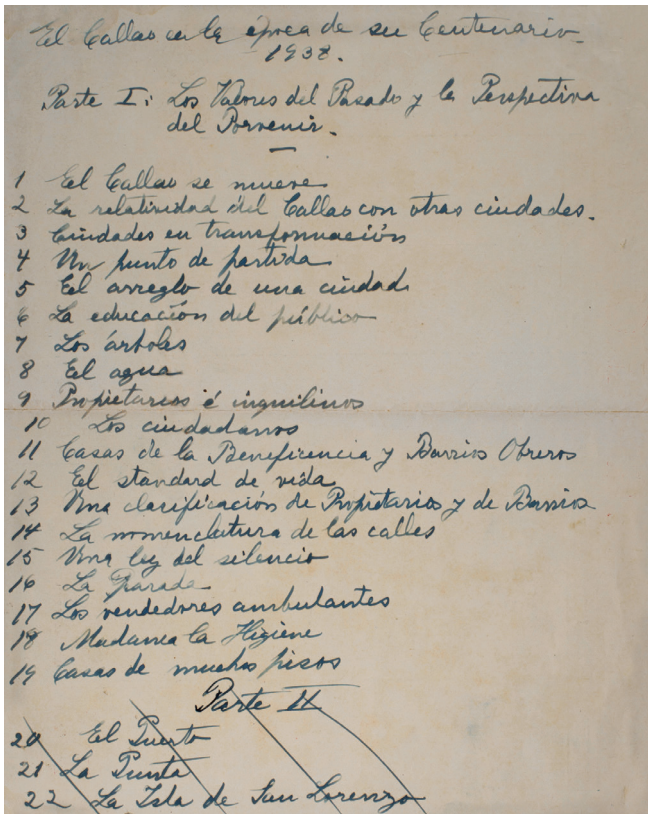


FIGURA 2. Hoja con el índice del manuscrito.

Fuente: Fondo Reservado de la Biblioteca Central de la UNMSM.

Dora Mayer vivió en el Callao desde 1874 hasta 1959, año en que falleció. Su primera casa se ubicaba en la cuadra tres del jirón Ucayali. Su morada tenía vista a la pampa del Mar Bravo y al océano Pacífico. La vista era privilegiada. Observaba todo tipo de embarcaciones: los botes artesanales de pesca, los barcos de guerra, algunos rumbo al conflicto con Chile, entre otros. El Callao que conoció era aún rural, sin embargo, tuvo la oportunidad de observar, vivir y experimentar todos los cambios de corte urbano y tecnológico: el desarrollo del sector de construcción y la llegada de compañías de diversos géneros. En este libro describe todo lo que había presenciado, la transformación de la ciudad.

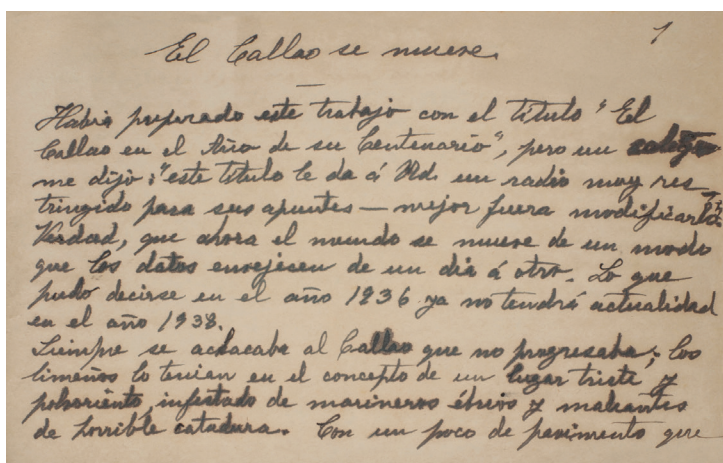


FIGURA 3. Primera página del manuscrito.

Fuente: Fondo Reservado de la Biblioteca Central de la UNMSM.

Escribió el original en hojas recicladas. Tomó un grupo de hojas, las cortó del mismo tamaño, las juntó, les colocó un lomo y escribió el libro a mano con pluma y tinta. Lo estructuró como un libro tradicional: con un título, un índice y capítulos. Dora Mayer guardó el manuscrito hasta el

momento en que se lo entregó a Andrés Paredes Luyo, su amigo personal y de suma confianza.

La importancia de este libro reside en que es una fuente directa, testimonial y de corte histórico, vinculada a las transformaciones del puerto del Callao. Durante su etapa adulta, y con el bagaje académico que poseía, pudo explicar estas transformaciones desde una mirada personal, subjetiva. Es una fuente valiosa para los estudios sobre el desarrollo urbano del distrito, que hasta ahora no ha sido utilizada por ningún investigador o institución. Ahora se convierte en un libro que estudiantes y académicos puedan consultar. Y, más allá de su valor documental, este manuscrito simboliza también un gesto de memoria y afecto: el legado de Dora Mayer, conservado con fidelidad por quienes la conocieron, vuelve hoy al espacio público para seguir inspirando nuevas lecturas sobre el Callao y su historia.

ELVIRA ALIONCA RESPALDIZA CHÁVEZ

EL CALLAO SE MUEVE
(1938)

PRIMERA PARTE

Los valores del pasado y la perspectiva del porvenir

El Callao se mueve

Había preparado este trabajo con el título *El Callao en el año de su centenario*, pero un colega me dijo: «Este título le da a usted un radio muy restringido para sus apuntes, mejor fuera modificarlo». Verdad, que ahora el mundo se mueve de un modo que los datos envejecen de un día a otro. Lo que pudo decirse en 1936 ya no tendrá actualidad en 1938.

Siempre se le achacaba al Callao que no progresaba; los limeños lo concebían como un lugar triste y polvoriento, infestado de marineros ebrios y maleantes de horrible catadura. Con un poco de pavimento que se colocó hace una década se logró el milagro de hacer reconocer que en el Callao podía vivir y vivía gente honrada y bastante feliz, y luego se dio a entender a los capitalinos que nuestra ciudad no era un balneario de Lima, sino un puerto de máxima importancia para la república. La protesta chalaca fue tan enfática que el Callao dejó positivamente de ser un balneario, a la vez que parecía repetir las palabras de Galileo: «E pur si muove», que señalan las obras portuarias. Modifiqué, pues, el título de acuerdo con tales consideraciones.

La relatividad del Callao con otras ciudades

El Callao es el primer puerto de la República del Perú, pero ¿cuál es su posición con referencia al mundo más allá de su propio país? Cabe hacer un parangón entre el Callao y Valparaíso, Guayaquil y Buenaventura, pero no ya con Buenos Aires o Río de Janeiro, que son, a la vez que puertos, capitales de sus respectivas naciones, y menos todavía cuadra

una comparación con los puertos principales de naciones de poderío enorme, como Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y el Japón, ni con Cantón, que tiene dos millones de habitantes. Sería una locura embarcarse en emulaciones con ciudades de países que, desbordantes de caudales acumulados y de habitantes, son nuestros prestamistas y casi tienen nuestra soberanía nacional en prenda de los créditos concedidos.

Se estima actualmente la población del Callao en un número de 70 000 a 80 000 habitantes. Cuando yo estuve en Estados Unidos, en 1916, la ciudad de Cambridge, Massachusetts, que incluye la famosa Universidad de Harvard, contaba con 70 000. Era una ciudad bien tenida, con bonitos barrios, y un sitio de descanso del ánimo después del barrullo de las urbes de Boston y Nueva York. Yo no participo en la ambición general de que el Perú tenga ciudades gigantes; preferiría que tuviera muchas. Un salpiqueo de ciudades sobre todo el país haría más por el adelanto de la población que un par de núcleos enormes que absorben la savia del territorio.

Ciudades en transformación

Todo lo antiguo cae. El pico demoledor ataca resuelto los viejos muros. Solo el Real Felipe ha sido singularizado como reliquia histórica y ha sido limpiado cuidadosamente del barro que se le adhería, posterior a su fundación. Almas vehementes quisieron a veces detener manos que destruyen y protestar por innovaciones insinuadas por los jóvenes, que pretenden atentar contra la subsistencia de perspectivas acostumbradas y adoradas. Sin embargo, implacable como la muerte o el invierno, el espíritu de la transformación labra desde adentro y desde afuera de los objetos. Se puede prolongar la vida, el otoño puede traspasar los límites que le señala el calendario,

pero, al fin, la hora de la mudanza no se deja postergar. La calidad perecedera de las substancias físicas no cesa de revelarse. Plantas, animales, hombres, monumentos sufren los deterioros del tiempo y los embates de los nuevos gustos; los árboles milenarios acaban por secarse; las fortalezas, los palacios egipcios, góticos o incaicos se sostienen mayormente solo en condición de ruinas. Las épocas terminan, y llevan consigo nombres que se creían inmortales. Guerras, terremotos, incendios y diluvios originan pérdida prematura de valiosas obras, pérdidas lamentables sin lugar a reclamo. Lloran los sabios por inapreciables tesoros de arte o ciencia destrizados; llora un pobre ciudadano por una débil casucha que se le desmorona; llora una mujer por una planta que le ha roto una criatura traviesa. ¿Por qué luchar y llorar por las cosas de esta tierra que no han de durar?

Todo es materia sin valor para el que no ama ni recuerda. Hasta los más preciosos documentos quemados, ¿qué le importan a quien no le interesa el pasado? ¿No basta con el presente y el futuro? Para las personas que no saben amar, no se adhiere a lo destruido ninguna asociación de ideas, ningún eco de las pretéritas ilusiones del corazón, ningún elemento espiritual. Para ellas, se cambia, en la transformación, meramente un mueble o inmueble por otro; probablemente, un mueble o inmueble defectuoso o fuera de moda por otro adecuado a las exigencias de perfección o de capricho.

Pero las personas que saben amar, ellas se empeñan en defender objetos sin valor material, sin suficiente significación histórica, sin mérito arquitectónico, tan solo por constituir [todo esto] parte integrante de su vida individual, la que al fin y al cabo no deja de identificarse con un pedazo de vida de la patria. He ahí por qué algunos que pertenecen más a la generación de ayer que a la de hoy quisieran que la nueva Lima o el nuevo Callao se alzasen en terreno nuevo, y permitieran que quedasen intactas aquellas calles, aquellas plazas que

forman el marco del retrospecto a su juventud, a sus mejores años. Hoy consterna a los espíritus sensitivos lo súbito y veloz de la transformación urbana, y la rudeza de los modernistas electrizados mentalmente por un enorme desarrollo de la potencia material, sin que quepa en sus conceptos una añoranza del sentimiento.

Un punto de partida

El primer centenario político señala el punto de partida de una nueva era en la vida del Callao, no tanto por actuar la conmemoración de esta fecha como un estímulo en el ánimo de la ciudadanía local, sino por coincidir con un impulso que está tomando el mundo entero a causa de diversos desarrollos científicos y sociales.

El crecimiento de Lima, que se inició hace apenas veinte años, se ha operado sin mucho método. A lo menos, no ha sido muy práctico el procedimiento de desparramar los ministerios del Estado por extremos opuestos de la ciudad, en lugar de reunirlos alrededor de un centro para más comodidad del público, que a veces tiene que pasar de una oficina ministerial a otra y, además, no es siempre conocedor de la localidad, viniendo de provincias o del extranjero. El Palacio de Gobierno, aunque, ciertamente, no es el Palacio de Pizarro, tenía en su estilo más afinidad con el espíritu de coloniaje de lo que va a tener pronto en su completa reedificación. El hábito de leyendas, de evocación del pasado, va a evaporarse en la Plaza de Armas. Mejor se hubiera mudado el Palacio de Gobierno a una de las partes nuevas de la capital, por ejemplo, a la Plaza de la Confraternidad, y se hubiera apropiado el viejo edificio —debidamente refaccionado— a la municipalidad, para conservar el aire del cuadrángulo histórico, no solo por la época del coloniaje, sino por la inicial de la República, época

de relativa sencillez que contrasta con la presente. También colocaría una basílica en honor a Santa Rosa en la sección nueva de Lima, porque entre el esplendor de tal templo se evaporaría la huella sutil que dejara la santa monja en el escenario de sus rezos y suplicios.

Al fin y al cabo, los doscientos años que cuenta la fortaleza del Callao, el Real Felipe, no significan mucho más en la inmensidad de los tiempos que los cincuenta años que habrá estado en pie la Casa de Gobierno que ahora se demuele, y todos los trescientos del coloniaje son nada al lado de la prehistoria peruana, que está saliendo a flor de tierra con sus monolitos en las varias regiones de la república. Solo el sentir decide el mérito de las cosas.

Como árbitros del juicio, el sentido histórico, el estético y el práctico. He ahí, como un hecho estéticamente incongruo, la incrustación del local de la Prefectura de Lima en la pared lateral del cuartel de El Sexto. Por bonito que sea el edificio, constituye un desentono en el buen muro de ladrillo que se ha roto para darle sitio. Quizá sea muy práctico que la suprema autoridad política del departamento se halle instalada en aquel lugar, pero es lástima que no se haya incluido la acomodación de dicha sección administrativa en el plan original de construcción.

En vista de tales desaciertos, podrían los chalacos meditar en la gran ventura que tienen de hallarse todavía en un punto de partida de un ensanche de su población, con la consiguiente facilidad de prevenir un proceso desorganizado de construcción.

El arreglo de una ciudad

Soy de opinión que, en una ciudad moderna con perspectivas de crecer mucho, convendría tender a restringir más bien que aumentar innecesariamente el tráfico. A este fin

conduciría la centralización de oficinas cuyas actividades fueran coincidentes, como acabo de mencionar respecto a los ministerios de Estado, y también la limitación, a barrios especiales, de fábricas e institutos industriales parecidos. Una fábrica pequeña molesta al vecindario con el ruido de sus motores y el hollín de sus chimeneas, que son factores seguramente poco menos dañinos para la salud que los establos, con sus moscas, proscritos en estos tiempos del perímetro urbano. En cuanto a las fábricas o locales de industria grandes, ellos debieran ubicarse a extramuros con una barriada propia para obreros, como tiene el Frigorífico. Por un lado, se evitaría así una formidable movilización diaria de trabajadores, que todavía no molesta en el Callao, pero que en ciudades como Lima centuplica la congestión del tráfico, que es todo un problema en localidades de 300 000 a 500 000 habitantes.

Si no estoy mal informada, la empresa del Frigorífico estuvo originalmente obligada por su contrato a proporcionar casa gratis a sus empleados, lo que habría sido una condición magnífica que ojalá fuera ley para cualquiera negociación que utilizase los servicios de un número regular de padres de familia. No basta que el Estado se ocupe de un trato equitativo para el hombre de trabajo, la familia, la mujer y la prole, y hasta algunos relacionados sueltos que necesitan de la protección de un techo deben ser recordados en las disposiciones sociales previsoras. Si las empresas pudientes dan casas gratis, han facilitado a las familias una importante base de existencia; pero si dan buen salario al padre, marido o jefe de hogar para pagar un arriendo, quizá no han hecho más que entregar dinero para la cantina, mientras que el alquiler se debe y las mujeres y los niños padecen privaciones. Los directores de grandes negociaciones podrían ser responsabilizados para contribuir en algo a la educación del pueblo, como se ha dado ejemplo en la hacienda Chiclín, del valle de Chicama.

La educación del público

Antes de pensar en tener una ciudad tan preciosa como la sueñan algunos ilusos, habría que pensar en educar al público. Aquellos que podrían titularse «Amigos del Callao», como se titulaban o se titulan los miembros de cierto grupo de ciudadanos refinados de la capital, hablan con mucha razón del papel preponderante que desempeñan los árboles y jardines en el embellecimiento de una población.

Las condiciones para trocar en realidad tales proyectos son dinero, agua y hábitos cívicos. Se tomará el dinero de empréstitos o subsidios del Gobierno; el agua, de los puquios del Chivato —y los hábitos cívicos, ¿de dónde?—.

Un significativo oficio de la Municipalidad del Callao, n.º 928, con fecha de 14 de octubre de 1936, dirigido a la Prefectura del Callao, denuncia que, de las plantaciones en los jardines en las plazas Independencia, San Martín, Casanave y Fanning, en las que se había gastado más de 8000 soles en seis meses, se han sustraído 260 ejemplares. Esta sustracción —agrega la comunicación— se ha efectuado especialmente en la plaza Fanning, por gente de relativa posición económica, pues algunos de ellos han hecho uso de automóviles para realizar esos actos de incultura.

También en otras plazas, inclusive en la de Bellavista, se ha podido notar que hijos de familias no plebeyas han atentado contra las plantas de los jardines, por lo que se ha hecho de sentir que la influencia de los hogares y las escuelas sea impotente para contener el ansia de destrucción que predomina ahora en el ambiente. Por eso, no se puede ofender, como de costumbre, al «pueblo» de cualquiera incorrección que se comete para salvar el decoro de un «público» que realmente debiera hallarse, por propia estimación, exento de ciertas faltas.

Con poco se tiene más que con mucho, cuando no se destruye ni se despilfarra. La decencia de un lugar estriba más

en el comportamiento de sus habitantes que en vistosas y costosas adquisiciones. Orgullo en el Callao, placer en su presentación no fastuosa, sino decente, nadie parece sentir. Esto proviene, sin duda, de una obsesión producida por causas que en la época actual determinan tendencias megalománicas.

Los objetos que hace treinta años satisfacían las exigencias de los hombres se reducen a chicos y ridículos en el concepto de una generación que asiste a un súbito y colosal desarrollo de elementos materiales. Cuanto pudo comprar el Estado o el municipio hace cincuenta años se asquea hoy como indigno del rango que se quiere ocupar en el círculo de las naciones. Se desprecia un sencillo monumento que se erigió hace medio siglo con el corazón henchido y las lágrimas en los ojos, y se saluda como heraldo de un próspero porvenir al primer rasca-cielos, sin alma, sin eco de glorias patrias, sin gracia artística, que se levanta en obsequio al imperio de las máquinas.

No hay amor al pasado; no hay amor al Callao sencillo en el que morábamos quizá más felices de lo que moraremos en el Callao grande del futuro; no hay amor entre las autoridades y los pobladores; no hay una buena voluntad que vale más que todas las maravillas que se ven en los cines y todo el progreso que se piensa transportar a esta lengua de tierra¹.

Los árboles

Dos asuntos candentes caracterizan los asuntos alrededor del Centenario del Callao: el clamor por la escasez de agua y la protesta por los ataques contra los árboles de ornato.

Cuando se planta una estaca, debe pensarse si el sitio escogido será aparente para el árbol en su natural desarrollo,

1 En este contexto, «lengua de tierra» se refiere a una franja estrecha y alargada de terreno que se adentra en el mar o está rodeada de agua por varios lados. (N. del E.)

porque es verdaderamente deplorable el acto de cortar un árbol en plena vida a causa de que estorba el tráfico o echa demasiada sombra sobre casas adyacentes. Árboles ligeros para arboledas urbanas; árboles frondosos para alamedas. A pesar de la anchura de la avenida Sáenz Peña en el Callao, apenas es aparente ahí el ficus que constituye la arboleda, pero ya que esta existe, hermosa y verde tal como está, pocos quisieran verla removida. Ojalá que la Avenida del Progreso resulte bastante ancha para que no se haga próximamente objeción a los árboles plantados allí por la Escuela de Agricultura, que podrían extender sus ramas hacia los numerosos vehículos que pasan.

Se sabe que las raíces de los árboles socavan los cimientos de edificios y pavimentos de paseos, y, desgraciadamente, en la actualidad, el árbol vive en constante lucha con el cemento que se emplea en toda obra de vialidad y edificación. Al intentarse la eliminación de los añejos ficus crecidos en el parque de Bellavista y la avenida al Cementerio Protestante del mismo lugar, esa acción de las raíces pudo ser el único alegato que se adujera contra tan respetables ejemplares. La protesta del público en esa ocasión fue lógica. ¿Para la belleza de un lugar pudiera ser un factor más importante la impecabilidad de una vereda que la presencia de un arbolado admirable? ¿La raíz del árbol que socava un cimiento será más dañina que las vibraciones producidas por el paso de pesadísimos camiones que estremecen a diario las casas en diversas calles, y que no hay manera de eliminar?

La sofocación originada por las pistas de cemento, en las que se deja solo un redondel para que respire la planta, afecta el crecimiento subterráneo del vegetal e impide que la raíz busque la profundidad para afianzar el equilibrio del organismo. Las podas mal hechas tienden, en cambio, a aumentar el grosor del tronco, con lo que frustran la expansión hacia arriba en forma esbelta. Malos principios tienen malos fines.

La mayoría de los árboles que tenemos acusan vicios en el desarrollo, debidos a una completa ausencia de cuidado o a un error de concepto de personas que no tienen tanto dominio como creen sobre la ciencia de la arboricultura.

Las revistas turísticas de Alemania, la Argentina y otros países de Europa y América demuestran con qué orgullo exhiben los pueblos sus alamedas de árboles completamente desarrollados y añejos. Árboles así no se improvisan en un par de años y, por eso, semejantes preciosos elementos de utilidad y ornato no deben estar sujetos al capricho de personas incomprensivas. No debe el árbol estar sujeto a los dictados de la moda, porque es como un sabio entre los hombres que tampoco lo está. La perecedera flor, cualquiera planta no perenne, se adapta con su corta vida a los cortos periodos del imperio de las veleidades humanas, pero el árbol tiene algo de la naturaleza de los sabios inmortales.

Al árbol de utilidad práctica le toca el destino de ser derribado en la flor de su edad, cuando su madera está en buen temple; sin embargo, en casos de no tratarse de la madera, sino de las fibras o savias, se ha censurado severamente que se destruya el árbol, guiado de un precipitado afán de obtener el producto mercantil, como ha sucedido con el árbol de la goma. Bien se ha dicho, además, que, por cada árbol que se destruya, debe plantarse otro. Con una constante solicitud y vigilancia oficial, podrían conservarse siempre completos los bosques y las arboledas; regla inconcusa en cuanto a la poda de los árboles parece ser que esta jamás debe herir el tronco, sino exclusivamente las ramas que desfiguran la silueta, que estorban o que se hayan secado. No es racional, ni conforme con el objetivo del embellecimiento, que los paseos tengan unos años arboledas y otros años hileras de palos.

Con una fuerte dotación de agua y una concienzuda atención, el Callao podría convertirse en una ciudad parque para contentamiento de los estetas, y rodearse de bosques o

bosquecillos para ventaja del comercio. El municipio podría preparar una fuente de ingresos para unos años más adelante, echando mano del recurso de la forestación. Con un legítimo derecho de los municipios al rendimiento de los árboles de utilidad y un claro reglamento respecto a las garantías que merezcan los árboles de ornato, se daría fin a enojosas disputas que han sido ventiladas en los últimos tiempos.

El agua

Una periódica escasez de agua ha sido, desde tiempos antiguos, un fenómeno desagradable en el Callao, que recrudeció en 1936 y 1937. En estos años, la sequía no era solamente local, sino general y hasta universal: bajó el nivel de las aguas del lago Titicaca; se secaron las termas de Acaya, cerca de Jauja; los agricultores de Ica tuvieron que abandonar por el momento sus campos sin riego que no producían cosechas; en Arequipa, Trujillo, Chiclayo, Piura, Cajamarca, etc., hubo que dedicarse al problema de la captación de agua. Como no hay mal que por bien no venga, tal circunstancia sirvió de estímulo para apresurar la ejecución de las obras que, en vista del crecimiento de la población ya realizado —y, más aún, por realizarse—, ya se habían hecho urgentes.

Aunque el Callao es, por un lado, una de las pocas ciudades que no han sido fundadas a las márgenes de un río, es, por el otro, casi una balsa que flota sobre agua, la cual brota del subsuelo apenas se cava unos cuantos metros. Esta agua es salobre en las partes cercanas al mar, pero, en otras partes no muy distantes de tal faja, han surtido los pozos de cuyo rendimiento se servían muchos habitantes del puerto para todos sus usos, hasta que la canalización ejecutada en 1911 arrasó con dicho recurso.

Comenzará, pues, ahora, una nueva era del régimen del agua con la apertura de más pozos de suministro en la región

de los puquios del Chivato. Como se ve, las obras primeras de canalización del Callao han podido celebrar ya sus bodas de plata, y es tiempo de que se haga una severa revisión de los tubos de conducción y conexión, que deben haber sufrido ya harto deterioro. Desgraciadamente, solo la muerte es gratis en esta tierra y hasta las básicas indispensables necesidades de la vida humana no pueden ser sustraídas al imperio del comercio. Es probable que, con las obras en actual ejecución, encarecerá el artículo a que ellas se refieren, máxime porque no habrá de postergarse más, con la oportunidad que se presenta, la introducción del régimen de los medidores, ya tantas veces recomendada.

Si el medidor es un objeto ingrato al vecindario, la mayor parte de este tiene la culpa de que se insista en emplear semejante regulador de la cantidad de líquido que se gaste. Se puede ir muy lejos en el temerario despilfarro de valiosos elementos que son abundantes, pero no inagotables; se puede desoír casi con insolencia las justas advertencias que se hace, aconsejando un poco de circunspección y disciplina; pero, al fin, el castigo tiene que caer sobre pecadores y justos. Vendrán medidores de agua y medidores de diversa especie para quienes no quieren escuchar amonestaciones.

En *El Mercurio* de Santiago de Chile del 2 de setiembre de 1937, se ocupa una crónica del enorme encarecimiento de agua que se ha realizado en esa capital. Como Santiago de Chile le lleva a nuestras ciudades algunos grados de adelanto en el desenvolvimiento material, puede temerse que aquí, siguiendo la misma carrera, suceda, dentro de poco, igual cosa que allá. Sería bueno tener presente el ejemplo para moderar un tanto el paso en semejantes progresos de la «civilización».

Entrevistado por un reportero, el alcalde de Santiago de Chile dice sobre el punto del alza alarmante del precio del agua:

La Empresa del Agua ha triplicado en los dos últimos años el valor de las cuentas por consumo de este artículo, sin que las tarifas hayan sufrido alteración, alegando ante los reclamos que se le hiciera que el aumento era por razón de la descompostura de los medidores. Se puede estimar que la empresa ha incrementado por tal capítulo en los últimos dos años sus entradas en un 50 o 60 por ciento.

Agregaré ahora a lo anterior la circunstancia de que, por Decreto del Ministerio del Interior, la empresa ha sido facultada para cobrar de 20 a 40 y 60 centavos más por metro cúbico, según la capacidad de los medidores, de manera que se pone el agua fuera del alcance de las clases modestas y aun de las pudientes. Por otra parte, se establece bajo dicho decreto tarifas mínimas, obligando a todos, aunque no consuman más que unas gotas de agua, a pagar un tanto, especificado como la menor cantidad que debe tomarse en consideración para el pago de las cuentas.

He ahí la insaciable sed de lucro de las poderosas empresas que sientan sus reales en las diversas localidades y hacen imposible la vida a los habitantes. Es necesario tomar a tiempo la prevención contra esos manejos.

Nuevamente, el Municipio del Callao, al mejorar en este año, 1938, el aporte de agua, ha hecho un llamado a la población para que se corrija del temerario desperdicio de agua que ha solido practicar y que la expone a que se adopte el sistema de los medidores, que se presta a una incontrolable extorsión de parte de la autoridad suministradora del artículo.

En los años 1936 y 1937 muy en particular, casi todos los caños en la ciudad han dormido abiertos, porque los pobladores, que no habían de trasnochar por entero aguardando que cayeran unas gotas de agua, se acostaban con la esperanza de hallar en la madrugada una mínima pitanza del líquido en las

tin. La Municipalidad de Bellavista, que tuvo la caridad de colocar en la plaza pública una pila especial para el vecindario, que carecía de provisión doméstica del aludido elemento, instaló un caño sin llave, de manera que habría habido desperdicio de agua a no ser por la parquedad natural del suministro, y en la comisaría, que dispone de un grifo poderoso, hubo un irresponsable derroche de agua a vista y paciencia de los sedientos.

De manera que no caben rigores ni severidades por parte de autoridades que también incurren en negligencias y pierden así un ascendiente sobre sus gobernados, que es indispensable para reformar el estado de cosas.

La tesis que nos ha llevado precisamente al tema de los árboles y del agua es que hace falta una mejor educación en los ciudadanos. Aunque cayendo y levantando, vamos siempre un poco adelante; se evitarían grandes males actuales y futuros si tanto los de abajo como los de arriba tuvieran más conciencia en sus procedimientos. El defecto del uno determina el defecto del otro, la mancomunidad en los pequeños o grandes yerros quita la fuerza a las críticas de cada lado y las desgraciadas consecuencias de actos incorrectos se afirman y hacen arrastrar al organismo civil una serie de enfermedades morales crónicas.

Propietarios e inquilinos

En esta materia hay asunto contencioso, como en el de los árboles y el agua. Los propietarios son, muchas veces, faltos de consideraciones de todo orden; pero, en cambio, los inquilinos no tienen, en su casi inmensa mayoría, ninguna noción de sus deberes o del hecho mismo de que les toca deberes que cumplir.

El redactor de la sección festiva «Ecos de la calle», en el diario local *El Callao*, escribe con fecha del 19 de febrero de 1937:

Esto no es un cuento. Es la historia de todos los días y de todas las ciudades. Responde a una realidad muy pintoresca pero muy triste. Se trata de la odisea de los inquilinos. Solo que vamos a presentar no el anverso, sino el reverso de la medalla. No se trata del inquilino que «no encuentra dónde vivir», sino del inquilino que vive matando al propietario de hambre y de cólera.

Este inquilino se le insolenta cuando se le cobra el arriendo; se muda sin pagar y se lleva de paso las lunas, chapas, cerrojos y mamparas; deja el piso deshecho; los papeles de las paredes, sucios, rotos y con inscripciones hechas por los miembros de diversas edades, de la familia.

En una familia de la clase de poca instrucción, se destaca de repente un chiquitín aplicado al estudio, y a sus padres les hace mucha gracia que él garabatee letras en todas partes, aunque sea en el papel de la pared. El papá tiene que sacar un cálculo aritmético y lo hace sobre la pared. Una enamorada se vuelve poetisa bajo la influencia de la divina pasión y acude a la pared para desahogar su estro.

Otra vez, como en el caso del hurto de plantas de los paseos públicos, no se debe echar todo el descrédito sobre la plebe, porque se cita ejemplos de casas con tinas de mármol y con habitantes que pueden comprar a sus hijos juguetes de algún costo en que se comprueba huellas del espíritu de desprecio por los bienes del propietario.

Desde luego, se explica por qué los dueños de casa de alquiler se muestran reacios a efectuar reparaciones en sus fincas, y dejan a la voluntad del inquilino el ocupar las casas en estado de ruina o mejorarlas ellos a su riesgo.

En la imaginación del vulgo, el propietario es un tirano contra quien se debe llevar la guerra de guerrillas que cabe llevar a los impotentes contra los potentes. La aparición mensual,

o aun semanal, del casero irrumpe perpetua e ingratamente en la placentera tranquilidad de las familias —habiendo para el dinero del medido salario tantas aplicaciones y volando los días con tamaña velocidad, que entre día primero y día quince no se descansa—. Quien tiene conciencia no se molesta por que se presente el cobrador, y si se posee, además, disciplina, no se atrasa demasiado en los arriendos. Pero otros renuncian a la obligación de abonar una merced por el goce de un domicilio, una de las necesidades fundamentales de la vida, y gastan desenfadadamente el dinero que disponen en vino, cine y espectáculos de *stadium*. ¡Falta de educación! Repito.

Un propietario concede su casa, por los defectos visibles que tiene, a un precio relativamente barato, y el inquilino, desconociendo la compensación que se le ha dado por los desperfectos de la habitación, reniega a toda hora de estos y del propietario, sin comprender que «al que quiere celeste, que le cueste». Por otra parte, un propietario provoca una eterna cuestión de deuda por arrendamientos a causa de exigir alquileres que ciertos inquilinos realmente están en la imposibilidad de satisfacer. A un ciudadano que podría pagar 5 soles por cuarto se le exige 10; a otro que podría pagar 10 se le exige 20. Las familias tienen que habitar en alguna parte y toman una vivienda, según su categoría social, que está más allá de su capacidad económica en cuanto al proletario, porque se le remunera mal el trabajo o porque no tiene trabajo seguro, y en cuanto al pobre vergonzante, o sea, al hombre acostumbrado a la decencia, porque ha venido a menos.

Para tales casos, ¿qué solución podría esperarse?, ¿alguna legislación o reglamentación, en una bondad que, con más luces, despertara en los propietarios en alguna medida oficial de previsión social?

En *El Mercurio* de Santiago de Chile del 11 de setiembre de 1937, se describe en un artículo firmado por Carlos Carvajal Miranda, titulado «Resultados económicos de las rebajas

de los arrendamientos», el círculo vicioso en que se ha movido el intento de aliviar, por medidas legislativas aplicadas a los propietarios, la penuria popular producida por el constante encarecimiento de las habitaciones de arriendos. Obligado el propietario a reducir la merced conductiva, se retrae del negocio de alquiler y se detiene en la construcción de fincas, de modo que la angustia domiciliaria se hace, dentro de poco tiempo, más sensible e intensa. Se puede obligar a los negociantes a ceñirse a un precio máximo impuesto a su artículo, pero no a ofrecerlo cuando no le conviene.

¿Es que el negociante persigue una ganancia de demasiados porcientos o es que los gastos que sobre él pesan son exagerados a su vez?

Argumenta el señor Carvajal:

Los propietarios de fincas en Santiago de Chile contribuyen actualmente con 11 millones (de pesos) al sostenimiento de los servicios municipales y, agregando los mismos servicios consultados y la creación de una mayor entrada proyectada, el total ascendería a un valor mayor de 128 millones de pesos; pero con la disminución de renta, debido a una legislación sobre alquileres, los propietarios se hallarían en la imposibilidad absoluta de poder pagar las contribuciones contempladas. No es posible, por un lado, aumentar las contribuciones si, por el otro lado, se disminuyen las entradas para poder pagarla.

El Estado no podría por sí solo acometer tamaña empresa como sería brindar viviendas a toda la masa que las necesita, y para lo cual serían necesarios miles de millones para atender al problema en todo el país. *Además, el Estado construye caro por su costosa administración y ordenanza tan rígida de construcción*², sin mencionar el factor que influencias políticas se

2 En adelante, para los subrayados del texto original se emplearán cursivas. (N. del E.)

hacen valer para no mover a los malos pagadores. La Caja Hipotecaria de Santiago de Chile tuvo que condonar a mérito de este último renglón 20 millones de pesos por alquileres impagos, pérdida que felizmente para el Estado no cayó sobre este, gracias a una combinación hábil y talentosa que verificó dicha caja con los acreedores extranjeros tenedores de bonos afectos a las deudas en referencia.

La conclusión inobjetable del articulista de *El Mercurio* redundante en que es preciso estimular por todos los medios posibles la iniciativa privada, encaminada a una buena oferta de viviendas de alquiler.

Santiago de Chile cuenta, en 1937, con 828 000 habitantes, y se calcula que para su cuarto centenario, en 1941, completará el millón, de manera que se adelanta a Lima y el Callao en experiencia, que con bastante ventaja podríamos aprovechar. Meditando bien, hemos de saber ya de experiencia propia que la administración de un propietario privado es preferible para la generalidad del público, a una administración oficial o de implacables poderes financieros. Ser regido por un poder absoluto, supremo, como lo es el Estado o una potencia plutocrática, es peor que tratar con un elemento de menor poder relativo, como lo es un propietario privado.

Y no se puede subrayar bastante eso de que, cual fuera la función que asuma, al Estado le cuesta más caro que a un particular, porque las personas que se ofrecen a servir al Estado creen que la bolsa fiscal es inagotable, por lo que, por otro lado, les importa poco a los directores de oficinas fiscales perseguir economías para una caja que no es su propia caja personal. El inquilino tiene que, desde luego, indemnizar al Estado por gastos más crecidos que al propietario privado, y carece de instancia de apelación cuando el Estado o alguna negociación omnipotente es el intitulado a recibir la merced conductiva.

Los ciudadanos

El hombre consciente se debe a sí mismo, o a su familia, a su patria y a su localidad. El rico no debe creer que fuera su derecho disponer de toda su fortuna para su propio goce exclusivo. El pobre no debe creer que por ser pobre nada pudiera hacer para el bien general.

La tributación impuesta por el Estado a ricos y pobres significa una manera de obligar a todo ciudadano a cumplir, aunque sea contra su voluntad, una función altruista que le incumbe como miembro de un organismo civilizado. Pero, desgraciadamente, con la respectiva colaboración económica forzada, no va con mucha frecuencia el corazón, el deseo de cooperar o, dicho mejor, un verdadero civismo espontáneo de los contribuyentes. A regañadientes se paga lo que exige la ley; pero no se toma un interés vivo, un interés aplicado al detalle, en beneficiar al país, la ciudad o los conciudadanos. Algunos adinerados interpretan como civismo la iniciación de obras de negocio que son en realidad beneficiosas para el adelanto local. Por ejemplo, se aplaude y, a veces, se premia a un capitalista que levanta un edificio que embellece la ciudad. Esta persona ha evidenciado, en efecto, un celo para que su localidad rivalice en categoría con otros centros de civilización, pero su obra no se aparta de la idea de una inversión remunerativa de caudales; no es una obra de desprendimiento de las que son necesarias para equilibrar el lujo y la miseria, que suelen cobijarse juntos en el seno de una colectividad. A aquellos que se desprenden de un pedazo de su fortuna, haciendo donativos en lugar de establecer negocios, se les llama filántropos, y de estos hay demasiado pocos, no solo en vista de una penuria de las masas —quizá incurable por la ineptia de los componentes de esas mismas masas—, sino también en vista de proyectos de beneficencia de positiva viabilidad. A veces, las larguezas,

aun de los filántropos —que, en su mayoría, son millonarios o casi millonarios—, son insignificantes en proporción con las fortunas de donde emanan, y en otros casos se retraen de una generosa y cordial asistencia social personas que mucho mejor harían en aspirar a ser filántropos que en procurar aumentar sin cesar sus rentas. Una familia que vive con bastante comodidad, que tiene con qué educar a sus hijos o los ha educado ya, ¿para qué acaricia la ambición de seguir hasta convertirse en millonaria o multimillonaria? Con menos de un millón se puede gozar muy regular de la vida y ocupar en la sociedad una posición distinguida. Tal familia, ¿por qué no podría detenerse en un haber bancario de cierto monto y dedicarse a hacer obras de altruismo, no con desmedro de su fortuna, pero sí con el resultado de quedarse estacionaria o casi estacionaria en determinada cifra de fortuna?

Solo con la creación de semejante elemento social, podrían remediarse los males que se advierten en toda ciudad que al crecer entra en el radio del estándar de vida alto. Directamente con relación al sustancial problema de la vivienda popular, no se ha de hacer votos por el surgimiento de una filantropía que ofrezca alojamientos gratis u oportunidades de alquiler barato para los eternos «recomendados», que se anteponen a los verdaderos necesitados en todos los órdenes de la asistencia pública. Lo que hace falta es invertir capitales grandes o pequeños sin estipular altos porcientos de ganancia, y obsequiar, además de su dinero, un tanto de su atención personal, con el objeto de asegurar a los realmente menesterosos los beneficios que se pudieran brindar.

Una caridad, un altruismo o un humanitarismo sin alma y sin atención al punto relativo, un mero abrir de la bolsa en respuesta a la súplica de un mendigo desconocido, no es obra que valga. No es jamás un remedio eficaz cualquiera legislación, asimismo sin alma, que todo el mundo burla. El hombre es siempre el único factor determinante del bien o del mal que

se pueda hacer con instrumentos, con leyes, con doctrinas o lo que se quiera. Podrán ensayarse todos los métodos y todas las tácticas imaginables o inventables, y nada cambiará en el fondo de la situación social si no se cambia la ética humana.

Casas de la Beneficencia y barrios obreros

Las casas que la Beneficencia daba antes en barato arriendo eran un consuelo para los pobres, pero esta institución, después de refaccionarlas recientemente, ha perseguido el fin de aumentar sus entradas en favor de los hospitales y ha subido los alquileres que cobra, de manera que no concurre ya al alivio de la penuria domiciliaria.

Tanto de las casas de la Beneficencia como de las llamadas «casas para obreros» se puede decir que son viviendas para quien pueda pagar la merced conductiva que se pide, pero no una comunidad al alcance de los menesterosos. Hay obreros que ganan mensualidades mejores que catedráticos de la universidad, a la vez que hay otros que pasan la odisea del más triste proletario. Se han puesto en moda los barrios contruidos por compañías urbanizadoras, bajo la pauta de la adquisición paulatina del «hogar propio». Propiciando temprano este mismo sistema, la Municipalidad del Callao fundó el barrio llamado «Guardia Chalaca». Pero en este, como en muchos casos, tales domicilios no han sido ocupados por obreros ni han entrado en camino de convertirse en propiedad de los inquilinos.

La vida de la mayor parte de las familias en nuestras ciudades es azarosa, una vez, a causa de una aún persistente inestabilidad en las circunstancias generales y, además, por una falta notoria del sentido de economía en el elemento nacional. A la mayoría de los obreros se les cruza continuamente un percance en la persecución del objetivo de adquirir una

propiedad inmueble por medio de un prolongado pago de mensualidades. Tales percances intervienen hasta para impedir que un proletario cumpla con abonar arriendos con alguna regularidad. Pérdida del trabajo, enfermedades y gastos extraordinarios originados por el nacimiento de un hijo son acontecimientos frecuentes y fatales con relación al punto aludido. Y, por eso, insisto: se condena a multitud de individuos a ser eternos deudores por no tener positivamente los 20, 30 y hasta 40 soles mensuales que se exige por proporcionar una casa apenas suficiente, higiénica y moralmente, para albergar la numerosa familia de un proletario del tipo más común. Y repito: ¿por qué no se busca el modo de facilitar a semejantes hombres un domicilio cuyos cuartos cuesten 5 soles y no 10, para posibilitar que ese hombre se acostumbre a sentirse un inquilino cumplido e intachable?, ¿por qué se le empuja con el régimen de ahora, grado por grado, hacia un abismo desde donde alzaré el puño contra el mundo despiadado?

El estándar de vida

Esta palabra, «estándar», que quiere decir «norma» y, en el aludido caso especial, «el pie en que se vive», se ha tomado del extranjero junto con un modelo y una ambición de países supercivilizados: «el alto *standard* de vida».

Un día se trató, en el periodismo de Lima, sobre la inclinación que tienen muchos de nuestros compatriotas por citar ejemplos de metrópolis europeas o norteamericanas como antecedente para imitarlos aquí. Se refería el caso a la recomendación hecha por un particular en *El Comercio* de que se equipare la tarifa que cobran los ómnibus en Lima a la que rige en Nueva York. Contesta en fecha siguiente, en el mismo diario, un señor R. Bustamante (domiciliado en la avenida Arenales n.º 399) diciendo:

La comparación con la citada urbe no es acertada, pues Nueva York tiene un *standard de vida* con sueldos mucho más altos que nuestra capital. Hay que comparar con ciudades cuyo *standard* medio sea parecido al nuestro, como sucede con Buenos Aires y Santiago de Chile, a pesar de los millones de habitantes que tiene la primera y de la ventajosa moneda que tiene la segunda.

Claro, ningún país de Suramérica, ni la Argentina ni el Brasil, y mucho menos nosotros, los del lado del Pacífico, podemos compararnos con Estados Unidos o Inglaterra. Sea porque somos naciones más jóvenes o porque somos de una raza cuya especialidad no es la economía tendiente a amontonar ahorros, no somos capitalistas. La prueba de que no somos capitalistas está en que todas las obras públicas magnas se realizan a fuerza de préstamos extranjeros. Y si no somos grandes capitalistas, ¿por qué hubiéramos de vivir con un fausto de millonarios?, o, más preciso, ¿por qué hubiéramos de emular a naciones millonarias en toda la escala social, desde un Rockefeller hasta un Dillinger? Pues, donde hay las mayores alturas hay los mayores abismos. No se crea que sea una desgracia el no poseer en promedio el estándar de vida de Nueva York, puesto que la capacidad de una porción considerable de la población norteamericana, de darse comodidades muy superiores en comparación con otros pueblos, no excluye el hecho de que otra porción se halle hundida en una miseria que no se conoce en Suramérica, y que las mismas clases privilegiadas apenas logran gozar de sus ventajas materiales a causa de la furibunda actividad que las lleva adelante en interminable persecución de ganancias mayores.

El grupo de casas del barrio Guardia Chalaca es el primer ejemplo en el Callao de un intento de establecer suburbios con un atractivo especial de embellecimiento por medio de una combinación de arquitectura estética con jardines, un tipo de

construcción muy distinta al antiguo estilo de casas para el pueblo, edificadas de quincha y barro, carentes de todo elemento ornamental, sin pavimento en los callejones y corrales, y con un pozo en lugar de chicagos³ y baños de ducha. Se ha comentado que, con las innovaciones modernas, se procura elevar el estándar de vida del hombre del pueblo, y así habituarlo a condiciones exigidas en poblaciones de cultura avanzada y convertirlo al mismo tiempo, para hacerlo más exigente en cuanto a elementos de habitación, nutrición y diversión, en un marchante más asiduo de los artículos que el comercio mundial ofrece.

Una ligera reflexión hará advertir la transformación que se operará con una elevación del estándar de vida de los ciudadanos. Un hombre sencillo que ve objetos que lo tientan, y observa que uno tras otro de sus prójimos se entusiasma por conseguirlos, sacude su indolencia, su letárgica placidez vegetativa, y concibe el propósito de gozar de las bellas novedades. Este propósito envuelve la necesidad de gastar más dinero que en los tiempos primitivos y, para poder cubrir más gastos, hay que trabajar más. La elevación del estándar crea, pues, más vida, más actividad y más ingenio para procurarse recursos monetarios para la compra, y recursos de artificio para la venta. Este desarrollo es algo muy grande, muy maravilloso, pero tiene su límite, como lo tiene cualquier renglón en este mundo de naturaleza finita y no infinita.

Hay una elevación del pie donde se vive que no se obtiene con medios lícitos y que, por consiguiente, es nocivo en su carácter como lo es toda acción ilícita. Un aumento de gastos por el mejoramiento del pie en que se vive debe compensarse con un aumento de trabajo y actividad, un incremento de

3 Nombre con el que se conocía popularmente al inodoro o sanitario, por extensión de una marca comercial del mismo nombre. Es un caso de metonimia comercial, como ocurre con otros productos cuyo nombre de marca pasa a designar el objeto en general. (N. del E.)

capacidad productiva de un individuo que antes no se ha esforzado hasta el grado completo de sus aptitudes. Puede llegar un momento en que no es posible sostener el estándar elevado o seguir elevándolo sin vender o empeñar las fuentes y los instrumentos mismos del trabajo y, entonces, el fin fatal de la carrera está cerca y, por más que se postergue la declaración de una bancarrota, ella viene si no se retrocede a un estándar inferior. Y cuidarse de no avanzar demasiado es menos mortificante que retroceder cuando ya se ha satisfecho ambiciones desequilibradas y se sufre la contrariedad de bajar de jerarquía. El comerciante es el tentador que arrastra con la exhibición de sus preciosas mercaderías a los individuos y a las colectividades hacia desembolsos irreconciliables con la prudencia. Ahí, del mismo modo que a un individuo se le van los ojos por la tela que un mercachifle ofrece vender a plazos, se le van los ojos a una colectividad entera al pintársele grandezas urbanas cuyo costo no está en relación con la potencia financiera de los clientes a quienes se invita. En ventas a plazo, el marchante no siente su verdadera debilidad económica; el principio es pleno gozo, hasta que el acreedor comienza a tocar todos los días la puerta del deudor y lo harta a insultos y amenazas.

Cierto, la elevación del estándar de vida origina movimiento y progreso, pero felices aquellos que entiendan cuál es la línea en que deben detenerse en tan riesgosa ascensión.

Una clasificación de propietarios y de barrios

En el artículo 3 de la Ley de Saneamiento, Ley 4126, se dispone a realizar una clasificación de propietarios, imponiéndoles, según su categoría financiera, mayor o menor participación en los gastos originables por las obras públicas proyectadas.

Se habló también en relación con el asunto de una clasificación por calles, pero esta discriminación es impráctica,

porque los jirones largos varían completamente de aspecto partiendo del centro hacia los arrabales, y aún se ve el caso de que se entreveren fincas elegantes con fincas humildes. En un plan para la nueva edificación que se espera extender en el Callao en dirección noreste, podría contemplarse la creación de una o más avenidas suntuosas de principio a fin, como lo son, en Lima, La Colmena y Paseo Colón. Concerniente a todo lo nuevo que se está por crear, debiera procurarse formar barrios con un tipo de casas más o menos iguales en valor financiero, destinadas para habitar gente de un poder económico más o menos parecido. Esto facilitaría aplicar a cada circunscripción reglas especialmente ceñidas a la condición característica de los allí reunidos.

La consideración dominante respecto a los barrios residenciales sería el embellecimiento, la presentación lujosa de la ciudad, y respecto a los barrios pobres sería la baratura y la tolerancia, en cuanto particulares que afectan la vida de gente con pocos recursos.

Quizá al profundizar en esta proposición se comprenderá que lo que la sociedad necesita para un alivio de sus males no es la teoría igualitaria sino la desigualitaria. La ciudad es de todos, pero el barrio debe ser de cada clase de gente. El ciudadano más pobre tiene orgullo en su ciudad, en el crecimiento y embellecimiento de ella, pero al pobre no le es posible sostener personalmente el lujo de la ciudad. No solo por falta de fortuna él no puede hacer tal cosa, sino por falta de educación. Los hábitos de la masa son generalmente de descuido, de poco aseo, de poca minuciosidad y delicadeza, cualidades todas estas que los objetos finos necesitan para conservarse. Solo bajo el dominio de un director, el hombre de la masa se presta a ayudar en la conservación de objetos de lujo. La prueba está en que, donde la dirección del hombre refinado desaparece, más es la destrucción que el buen cuidado de los objetos culturales.

La desigualdad de condiciones sociales que existe no es una causa para que una clase de gente no pueda ser tan feliz y estimable como la otra. El rico será normalmente feliz mientras que no trate de sacar su riqueza del pobre; el modesto lo será mientras sepa ser orgulloso de su modestia; el pobre lo será mientras que no confunda el vocablo «pobreza» con el vocablo «miseria». Sugestionado por los propaladores de doctrinas falsas, el pobre se cree desgraciado y humillado por no poseer una holgura pecuniaria como la que ve en quienes se les señala como sus enemigos. Sin embargo, apenas desaparece el capitalista, queda sin trabajo el proletario, y es dudoso que los socialistas con sus teorías puedan improvisar en número suficiente de proletarios capaces de suplir la institución de la fortuna particular con la de una fortuna común cooperativa. No es a veces la pobreza, sino el desdén de condiciones pobres, el verdadero problema social que se presenta en el estado actual del mundo. Pobreza no es miseria; la miseria es la lacra de las grandes ciudades y es esta la que se debe combatir con toda la profilaxis posible.

La tasa originaria del cobro de los predios urbanos en la república era de un 4% sobre la renta de la finca, un orden con el que se creía haber hallado una pauta para hacer justicia a cada propietario individualmente. A esto solo hay que observar que muchas de las más acaudaladas familias se han dedicado desde hace tiempo a fabricar casas para gente modesta o pobre, que no es el mismo caso de un proletario que a grandes esfuerzos ha conseguido comprar un terreno y edificar, en el laudable afán de invertir pequeños ahorros en algo parecido a un seguro para sí y los suyos.

Aunque mercantilmente es justo que un pudiente sea tributado lo mismo que un pobre, conforme a la entrada que le rinde su propiedad, hay una gran diferencia en lo que significa para cada cual el rendimiento de la finca. Para el uno, las entradas de la finca significan un escaso pan, y para el

otro, una propina en medio de la abundancia. Más todavía, se calcula la renta de la finca por el monto del arriendo que se cobra, ¿y qué sucede si los inquilinos evaden el pago de arriendo por meses y meses, como sucede con excesiva frecuencia? Entonces, el propietario pobre se arruina y, al contrario, el propietario rico no nota la mella sino por el informe que le presenta su cobrador.

Mientras más pequeño es un propietario, más íntimamente conoce a sus inquilinos, más exactamente sabe si no pagan porque son abusivos o porque están en desgracia. Lo que el Estado nunca puede saber para ser justo lo sabe el pequeño propietario. En el negocio pequeño no se puede engañar como en el negocio grande, ni en las relaciones cercanas como en las relaciones lejanas.

Un propietario que tiene muchas casas de inquilinato de tipo popular no pertenece en rigor de verdad a la categoría del pequeño propietario, o sea, el propietario pobre que posee una finquita que le rinde o no le rinde escasamente lo que necesita para vivir. Aquel propietario del negocio de las casas de inquilinato se distingue del pequeño propietario en que le sería posible cooperar en un esfuerzo de evitar la miseria domiciliaria, que es un terrible mal físico y moral que amenaza las colectividades urbanas. El pudiente que no se creyera obligado a considerar ese problema de la gente fatalmente incapaz de abonar los alquileres corrientes no tendría el sentido de lo que es el deber de un ciudadano.

El inquilino pobre y el propietario pobre constituyen un caso que necesita de especial solicitud. El propietario grande es un ciudadano que puede ayudar; el propietario pobre es un ciudadano al que hay que ayudar. Y aun los inquilinos que, por su propia culpa, pueden llegar al triste final de un desahucio —del cual, dicho sea de paso, algunos misérrimos propietarios tampoco han podido eximirse— son seres cuya suerte ulterior no debe ser indiferente a los demás. El hampa, que

es un elemento tan peligroso en las ciudades, no se forma por generación espontánea, sino por falta de previsión oportuna en los encargados de velar por el orden público. Por ejemplo, la autoridad edilicia o sanitaria declara inhabitables determinadas casas añejas, o una transformación urbana induce a expropiar los inmuebles particulares ubicados en ciertas zonas, donde aún se vivía barato, atendido a precios antiguos y a condiciones de pretérita sencillez. El desahuciado o expropiado de esta clase queda en la calle —no hay institución alguna que se ocupe de observar el camino que tomarán esos desamparados, los cuales, al descender a una grada más baja aun de donde ya se encontraban, probablemente se bestializarán y se convertirán en algo mucho peor que gitanos—. Este elemento, que va adquiriendo proporciones a medida que una ciudad se desarrolla, introduce en esta una no despreciable amenaza para la sociedad pública, y creo que las personas inteligentes de los altos círculos sociales se darán cuenta de que no ando en lirismos ni en anacronismos evangélicos al aconsejar a los que tienen medios que se interesen, por mero egoísmo, en el destino de los que no tienen medios, y que lo hagan con tino.

La nomenclatura de las calles del Callao

Las calles del Callao no tienen la virtud de evocar con sus nombres la historia del desarrollo de la ciudad. El terremoto de 1746 se llevó probablemente semejantes rasgos de leyenda, y al tiempo de la reedificación se ha puesto cualquier nombre de provincias del Perú, de repúblicas americanas o de algunos próceres del país o del continente. Antes que en Lima, se estableció aquí la denominación por jirones, esa clase de denominación que allá en la capital aún lucha por destruir la sugestiva tradición que se adhiere al antiguo bautizo de las cuadras.

En años memorables para personas que aún viven, la parte de la Calle de la Constitución desde la plaza Garibaldi —antes titulada la Alameda— hasta la plaza San Martín se llamaba Calle de Pescadores, y de ahí hasta la plaza Grau —antes denominada Plaza de la Victoria— llevaba la designación de Calle del Comercio. En dichos nombres anteriores había una indicación de la vida del puerto en la época primitiva, en que el movimiento principal se encontraba en esa cuadra entre las plazas San Martín y Grau, y la plaza hoy ocupada por los muelles, la calle Manco Cápac, era el atracadero de modestos botes pesqueros. No hubo, entonces, el edificio de la Iglesia Matriz, inaugurada en 1876, pero ya había un sitio para exhortar feligreses, que dio el nombre de la misión a una de las dos cuadras de la actual calle Gálvez, cuya otra cuadra derivaba su nombre —La Figura— de la efigie sacada de la proa de un buque de vela, que los chalacos de treinta años de edad todavía pueden recordar.

El rebautizo de las calles, que ha sido tan frecuente en Lima y el Callao, parece un hecho propio de la época en que no surge, como sucede ahora, una infinidad de barrios nuevos a cuyas calles se puedan aplicar los nombres con los que se quiere honrar a un personaje o conmemorar una hazaña de cualquiera especie. A veces, tales rebautizos han sido efectuados bajo una fútil impresión del momento, y han amenazado con hundir en el olvido a hombres o acontecimientos mucho más eminentes que aquellos cuyas leyendas se borrarán con una sobreimpresión en las antiguas placas.

Propongo que se devuelvan sus nombres originales a la «Calle del Ferrocarril» —hoy avenida Buenos Aires— y a la «Calle de Lima» —hoy avenida Sáenz Peña—. Dentro de poco, no nos faltarán avenidas nuevas, dignas para perpetuar el recuerdo de hombres o de pueblos caros a nuestra estimación, a las que se pueda transferir dichas designaciones.

Aunque por la «Calle del Ferrocarril» no pase ya tren alguno, ni un par de rieles oxidados, haríamos bien en no ocultar

la gloria del Perú, de haber tendido ahí, en 1851, bajo el gobierno de Ramón Castilla, el *primer ferrocarril de Suramérica*.

En cuanto a la «Calle de Lima», penden de ella recuerdos históricos, no limitados a la época colonial, sino extensivos a la época republicana, a causa de su especialidad de ser el camino más recto y ancho que siempre ha conducido del puerto a la capital o viceversa, desde que el Callao es el Callao. Por ahí han desfilado los caudillos, los enemigos y los amigos, los temidos y los anhelados. ¡Cuántos y cuántos muertos o vivos ilustres han echado allí su sombra! No, Sáenz Peña, el noble y generoso partidario del Perú, no es el único que ha tenido derecho a ese camino; lo han usado miles siempre en travesía a Lima.

Una ley del silencio

Cómo hubiera entre los barrios del Callao uno en que rigiera una ley del silencio, uno que pudiera servir de refugio a aquellos habitantes del puerto que, por una causa u otra, tuvieran los nervios un poco más sensitivos que la mayoría.

En Buenos Aires está en vigencia, desde hace cuatro años, una ordenanza municipal que prohíbe en la ciudad el pregón de mercaderías y objetos de toda índole, rifas, billetes de lotería, etc., y la propaganda de cualquiera oferta hecha a viva voz o por aparatos productores o difusores de sonidos.

El redactor de *El Callao*, edición del 8 de setiembre de 1937, que a este asunto se refiere, agrega: «Los derechos del vecindario a disfrutar de tranquilidad son inalienables». Sin embargo, no se comprende fácilmente cómo en una metrópolis como Buenos Aires se podrían suprimir en estos tiempos modernos todos los ruidos estridentes y convertir la ciudad en un palacio encantado de silencio. ¿No hay radio en Buenos Aires?, ¿pueden omitirse allá las señales de los cláxones?, ¿no

pasan zumbando los aviones?, ¿se ha inventado un método de telepatía para que el público advierta desde dentro de sus casas y en medio de sus ocupaciones cotidianas que pasa el vendedor que le lleva los artículos que le interesan?

En enero de 1937 se registra una queja de vecinos de La Punta, sobre el hecho de que se ha presentado en dicho balneario una invasión de heladeros que origina un bullicio de pitos no permitido bajo las ordenanzas municipales. Pero ¿podría haber derecho de impedir que un pequeño comerciante haga un anuncio casi indispensable de su mercadería, cuando en cambio nadie protesta contra el estrépito infernal de la radio, que un vecino puede imponer a otro a toda hora del día o la noche? Un mortal cualquiera no está libre de que le revienten el tímpano en su casa o en la calle con la estentórea voz de un *speaker* que relata con la mayor excitación los detalles de un *match* deportivo o que después de las fatigas del trabajo no pueda dormir en su cama porque a un prójimo descansado le agrada escuchar transmisiones que llegan a las 11 p. m. o a las 2 a. m.

A nadie debe quizá quitársele su gusto, pero algún compromiso debe encontrarse para conciliar en algo los gustos opuestos. La radio llega a ser una plaga inigualada en la historia de la civilización, porque de ella no hay cómo escaparse individualmente, ni yendo a los últimos rincones del mundo, pues en el momento menos pensado hasta los tibetanos o los hijos de una aldea ignota de nuestro país pueden coger la onda.

En verdad, se podría instituir una sociedad protectora de esos vendedores pobres, a quienes se les prohíbe hacer ruido, mientras que unos jaranistas que se pasan a veces tres noches seguidas en blanco tienen carta libre.

Considerando todo lo cual, y entendiendo que en este mundo la tolerancia es la primera cualidad de que hay que armarse, pienso en la factibilidad de apartar un barrio para «Barrio del Silencio», como tierra de consuelo para las personas

no robustas, a quienes sobre todo la radio podría causar una prematura muerte o un ataque de insania.

La Parada

La Parada es un fenómeno urbano que pertenece a la época de los centenarios de Lima y el Callao, pues se presenta en el segundo y tercer decenio del siglo xx. En un momento de crisis económica, se adopta este sistema como un medio para aliviar la carestía de los alimentos. Se procura y permite que los productores vendan sus artículos en las afueras del Mercado de Abastos, dispensados de ciertas gabelas y sin intervención de los intermediarios que, para hacerse pagar sus afanes, redoblan los precios de las mercaderías.

Cosa dada a rápida corrupción, como muchos objetos de este mundo, comenzó bien y acabó mal. La Parada, que debió ser una institución limitada a horas de la mañana, se convirtió en una «sentada» hasta las seis de la tarde: primero, la competencia que constituían para los comerciantes del interior del Mercado tomó un carácter injusto, y luego se efectuaban combinaciones entre los de adentro y los de afuera, que dieron al traste con el propósito inicial y con la baratura perseguida. Se pretendió que un orden autorizado como medida de emergencia se perpetuara para *in saecula saeculorum*, aunque ofreciera en verdad un aspecto demasiado rústico en ciudades de alguna calidad. A los seis años de instalada La Parada, no se podía negar que la crisis general que la hizo surgir había concluido. La crisis económica es un mal crónico en considerables porciones de población de las ciudades, pero hay que distinguir esa dolencia crónica de una crisis extraordinaria que motiva medidas excepcionales, o sea, de emergencia.

El alivio que pudo prestar La Parada mientras fue conducida con la sinceridad inicial ha servido para demostrar

cuánto perjuicio en el costo de la alimentación del pueblo pobre causa la instalación de un mercado con gran edificio y mil reglas de civilización. El sencillo comercio entre el productor y el consumidor es mucho más ventajoso que el que se gesta a través de lujosos mercados. Aquí vuelvo a mi tesis de que debe haber una variedad de barrios con reglas adecuadas a la diversa categoría de estos. El público de la parte residencial de la ciudad debe tener un mercado que pueda exhibirse en las fotografías como una joya de arquitectura metropolitana, y que tenga en su interior mármoles y todos los costosos aparatos higiénicos propios para gente no connaturalizada con microbios y otros elementos poco limpios. Allí, en el barrio residencial, todo debe ser pulcro y exquisito como los aristócratas y plutócratas, quienes, por llevar una vida diferente a la del obrero, poseen científicamente un organismo modificado por sus costumbres peculiares.

En seguida, debe haber un barrio donde la modestia de las fortunas sea una consideración que en el barrio residencial no rige, en el cual no se puede pedir una perfección o superexquisitez que solo con grandes medios es posible verificar. Y, por último, en los arrabales, hay que dejar que la higiene no mande mucho, porque miseria e higiene son ingénitamente reñidas.

La clara diferenciación de clases, facilitada por una valiente diferenciación de barrios, corregiría ciertas confusiones de ideas que con gran perjuicio reinan en la sociedad. Habiendo una franca clasificación y una sistemática ubicación de mercados, comprenderían al fin los ricos que no tienen derecho de mandar a sus mayordomos en automóviles para aprovecharse de las baraturas que la autoridad procura crear en beneficio de los menesterosos, y los pobres llegarían a entender que no tenían razón de molestarse cuando no se les permitiera afear con rusticidades los barrios hechos para el lujo.

Ninguna clase perdería con tal organización, cada clase viviría sin ser mortificada dentro de sus costumbres y su capacidad económica; el rico y el pobre obligados a respetar la *peculiaridad* del otro.

Los vendedores ambulantes

Hay dos especies de vendedores ambulantes, los unos antipáticos y los otros simpáticos. El comerciante en telas ambulante es un tanto antipático; si es un vendedor a plazos, tiene algo de un tentador mefistofélico, pues persuade a la gente para comprar mercaderías a un precio mayor del necesario, y para contraer deudas que en el transcurso de los meses no pueden pagar. Este comerciante ambulante estorba el negocio de las tiendas en que el marchante ve de una vez el gasto que va a hacer y en las que se pide un precio normal por los artículos.

Como esfuerzo de trabajo para ganarse la vida, la empresa del vendedor ambulante es en sí apreciable, pero relativamente al bien general no se le puede recomendar.

Entre los comerciantes ambulantes que no venden a plazos, aparecen unos cuyo porte acusa prosperidad y otros que son humildes. Ante ambos provoca quitarse el sombrero por lo duro y útil de su trabajo. Hay unas vendedoras de frutas —majestuosas, al decir de un periodista chalaco— que sienten algo de un poder capitalista y aspiran quizá a formar hijas doctoras. Estas, con su mercadería excelente, parecen aparentes para pisar los barrios lujosos, pero no deben sentarse, porque con esto caen en lo vulgar. ¡E imagínese una mujer, aunque campesina fuerte, condenada a caminar sin reposo, con una canasta pesada a cada brazo! Esta mujer merece que le paguen por el sacrificio que hace, en lugar de cobrarle por una licencia de recorrer las calles. En fin, bien que pague una contribución al erario público, por ser ciudadana y tener medios.

Al humilde vendedor ambulante de carbón se le ve empujar su pesado y tosco carro por distancias que se extienden desde La Punta hasta Bellavista. Todos los días se puede observar a un bizcochero que camina hasta las haciendas más allá de Bellavista y regresa a su casa con la puesta del sol. El repartidor de pan o de leche está levantado a las 4 a. m., y sale tanto en invierno como en verano a coger el frío de las madrugadas lluviosas o nebulosas, contrae enfermedades y sana o muere sin que alguien se dé cuenta de sus penalidades físicas y económicas. Toda esa gente es tan indispensable para la comodidad doméstica de los vecinos que merecería un premio por el servicio público que presta. Es verdad que usa las pistas y podría deber una cuota para la refacción de ellas, pero sería en una proporción muy pequeña. Y mientras que la «majestuosa», cuyos pies ligeros nada dañan, está, sin embargo, en aptitud de rendir un tributo pecuniario ciudadano, estos otros son en su mayoría pobres, nobles ejercitantes de un trabajo honrado que debe ser enérgicamente alentado en contra de mucha labor viciosa que se oculta detrás de paredes.

Una pobre mujer del pueblo, cuyo marido cuenta generalmente por nada, y por mucho su familión de hijos chicos, confecciona sus dulces, chichas o frituras, y carga con cubos y bancos a sitios donde frecuentan obreros que pueden ser sus clientes. Ella es ambulante solo en el sentido de no tener tienda, pues toma asiento en un lugar fijo y no ambula durante el ejercicio de su negocio. Esta situación hace que pronto provoque una objeción por su desaseo. Alrededor de la vendedora sedentaria, se establece, según el giro de su negocio, una inmundicia de cáscara de fruta, de residuos de pescado, de aguas de enjuague —un mosquero, un resbaladero, un mal olor—. ¡Pobre mujer! ¡Maleducada ella y maleducados sus clientes!

Es probable que la hija de esa mujer se lave la cara, se pinte después el rostro, cubra la mugre de su cuerpo con una tela

de seda y vaya a contratarse en un bar, donde bailando se gana mejor que trabajando. ¿Por qué, en estos tiempos de tanta iniciativa de asistencia social, no podría formarse una policía de damas que enseñara a la madre a trabajar con decencia en lugar de que un alguacil le enseñe a no trabajar?

Madama la Higiene

La Higiene es una verdadera Madama, pues ha venido del extranjero para hacernos abominar tantas simplicidades que tuvimos: casas de caña de Guayaquil con barro; establos donde se tomaba la leche al pie de la vaca; «huevos de corral», conejos, cuyes, fresco, chicha y una atmósfera limpia de desinfectantes.

Madama la Higiene lo emprendió contra el imponderable desaseo tradicional y primitivo de nuestras poblaciones. Espléndido. Pero mucho hace la costumbre. A la Madama le llamaba la atención que un pollo se paseara en la sala y que tuviéramos viruela y paludismo. A la vez, como venía de fuera, le dejaban tranquila los pollos en conserva y las diarias operaciones quirúrgicas que esparcen los órganos humanos por todos los vientos. Le parecía mal un chiquero, pero no una sala de cine donde ahora la población pasa la mitad de su vida. ¿Carne mosqueada? ¡Qué horror! Pero la carne tratada con Flit contra las moscas y con ácido fénico contra la putrefacción la estima tan buena como carne fresca. Del continuo empleo de alimentos refrigerados, nada teme. No se da cuenta de que, si la gente se enfermaba ayer de un exceso de humores, originados por elementos que, cuando no matan, engordan, hoy se enferma de anemia, porque la mayoría de los artículos de consumo está desnaturalizada por la intensiva explotación mercantil: la carne es exprimida para rendir productos de sangre; el afrecho, empobrecido por ciertos tratamientos en los

molinos; la mantequilla es margarina aunque no se confiese; la manteca de chanco, una ilusión disuelta en aceite o pura grasa de pepita de algodón; ni huevos ni gallina de corral para los enfermos; vitaminas esfumadas como los aromas de un té de Cantón o un café de Meca, debilitado por un largo viaje.

Madama la Higiene no piensa en las enfermedades nerviosas, ni le conviene pensar en ellas, pues tendría que habérselas con las motocicletas y los automóviles, los motores bullangueros y la divina radiodifusión. Sacando las cuentas, la Madama estará perdonando igual número de atentados contra la salud como está condenando. En cuanto al antialcoholismo, con su séquito solemne de leyes, ¡igual, al desarme!

Leyes y ordenanzas

Por regla general, se dictan leyes y ordenanzas como quien pone a cada chupo un parche. Es verdad que muchos de los parches son útiles, pero también es cierto que bastantes parches no son ni pueden ser eficaces. Se va en pos de una absoluta perfección a que se opone la naturaleza complicada de los asuntos en cuestión, y una intransigencia radical se muestra tan inoportuna como una tolerancia exagerada. Ejemplo: una ciudad crece descuidando la profilaxis y, con ella, crece la tuberculosis. Viene entonces Madama la Higiene y prohíbe que los enfermos de tuberculosis, y también los aquejados de varias otras dolencias, trabajen, pues amenazan con contagiar a los demás. ¡Pero los enfermos no pueden vivir si no trabajan! Al humanitarismo se le presentan dos aspectos contradictorios, ¿cómo reconciliarlos?

Junto a la piedad por los humanos, se ha levantado, con el refinamiento de los sentimientos, la piedad hacia los animales. Hemos visto nacer y morir aquí sociedades protectoras de animales enardecidas, de afanes casi fanáticos. Huérfanos de tal sociedad andan hoy, sin embargo, los periodistas,

buscando de quién compadecerse, porque sobre algo hay que escribir todos los días. Así se pinta a veces en la prensa la crueldad del vendedor de aves que ha cogido una media docena de gallinas, a las que les ha amarrado las patas con una cuerda y se ha echado el bulto a la espalda, y ha ido a andar y a hacer negocio. Pobres animales con la cabeza abajo y las piernas oprimidas. Si fueran seres humanos, habrían muerto en el camino de un ataque cerebral, pero, como no tienen cerebro humano, quizá no sufren tanto como se cree; o más de lo que el implacable destino depara a todo mortal en cualquier mal momento, pues el hecho es que, en la mayoría de los casos, la gallina se pasea tan fresca inmediatamente después de ser vendida y soltada a andar. No hablo con desprecio de los sufrimientos de los animales y, por supuesto, no en contra de que se repriman horrendos salvajismos que a este respecto se han presenciado, sino que, en esta contingencia precisa, se amenaza volver tísico al vendedor, obligándolo a cargar el considerable peso de una jaula para ahorrar un mal rato a las aves que pronto tendrán, de todos modos, el último e inevitable mal rato de su vida. Entre un animal y un hombre, hay que atender, al fin y al cabo, con preferencia al hombre, por pertenecer a un género más evolucionado, y ha sucedido positivamente que, con una exagerada piedad por los animales, se ha llegado hasta a colocar a estos por encima del prójimo.

La Santa Piedad y Madama la Higiene se propasan como un niño engrdeído cuando se les da demasiado campo —es decir, quieren cuanto se les ocurre en la recta de sus cavilaciones—. Madama la Higiene no se resigna a ver uñas sucias ni en gente que comercie con papas y camotes. Una vez se le ocurrió que sería inmejorable para la nitidez de las calles que se ordenara al público adquirir unos receptáculos de basura, de fierro, herméticamente cerrados con tapa, que costarían 5 soles. No pensó Madama que semejante lujo solo lo podrían sostener los habitantes de un barrio residencial, y quizá ni

estos, porque los tales tanques de fierro se los llevarían los «cacos» una y otra noche.

Con estos dos o tres apuntes basta para invitar a reflexionar a los legisladores, sea antes de decretar ciertas medidas o antes de enojarse demasiado cuando se quebranten las reglas dictadas.

Casas de muchos pisos

Los que estamos en edad de tener conciencia de los desarrollos locales recientes hemos visto aquí terminar una época y principiar otra. Termina la época pos-terremoto de 1746, la de los «ranchos provisionales» y las casas de un piso.

En las vistas del Callao tomadas por el ingeniero Frezier en 1714, que se hallan reproducidas en la monografía del Callao de Rosendo Melo, se advierte que hay casas sólidas de hasta tres pisos y las históricas cinco iglesias con altas torres. El derrumbe de todas estas construcciones, acompañado de espantosa mortandad, impresionó tanto a los contemporáneos que opinaron poder obviar mayores desgracias en el futuro, construyendo casas simples de elástica quinchá que se mecieran dóciles al furor de un movimiento sísmico. Esta idea prevalecía aún en el Callao cuando eran niños los que hoy peinan canas. Desvanecidos los últimos rasgos del pánico de 1746 y acentuada una confianza en las construcciones sólidas de nuevos tiempos, surgieron poco a poco en Lima y el Callao las casas de a tres pisos. Y ahora surge la edificación de a cinco pisos que puede crecer paulatinamente hasta 50 y 100 pisos. Hace tiempo que se han mirado con desdén las calles menos centrales del Callao, con sus hileras de casitas de barro, seguramente más tachables por viejas que por inaparentes dentro del medio de la pobreza y del trópico. Pues, para el habitante, una casa del tipo antiguo, bien hecha y bien conservada, es

más agradable que una casa de tipo moderno, de estrechez moderna y de cemento.

La casa moderna de techos bajos, cuartos chicos y jardín afuera más sirve de adorno para la ciudad que para solaz de sus ocupantes. Las familias modestas de hace medio siglo vivían a sus anchas en las casas coloniales, sin pretensiones de fachada, es cierto, pero con buenos traspatios, donde las labores hogareñas se desenvolvían en la intimidad, y con corrales donde se podía tender ropa, cultivar plantitas, criar animales y dar expansión a los chiquillos que ahora solo respiran en las calles. Un ordinario rascacielos con infinitud de departamentos de alquiler, como se encuentra en Nueva York y pronto quizá se encontrará aquí, causa un efecto imponente en el ánimo de mucha buena gente que se sobrecoge ante la majestad de edificios voluminosos, pero, bien mirado, esa mole imponente no es más que la antigua cuadra de casitas de un piso colocada en posición vertical en vez de horizontal, y la miseria interior para el habitante es peor de lo que era para la ciudad la miseria exterior de las mil veces vilipendiadas construcciones del siglo pasado. En la época colonial, la belleza estaba guardada dentro de cajas insignificantes; en la época presente, insignificancias están guardadas dentro de cofres primorosos. No en la actualidad, sino en la posteridad, se hará el balance del valor humanitario de las construcciones peculiares de cada época histórica que viene atravesando el país. En el momento, la moda domina el criterio de las multitudes. Algún día se comparará una moda con otra y se juzgará cuál habrá interpretado mejor los postulados de la estética, de la comodidad y de la salubridad general.

Los chalacos de la joven generación han estado observando con fruición la reconstrucción del local de la Compañía Nacional de Cerveza en la esquina de la avenida Sáenz Peña y la plaza Casanave —antes llamadas Calle de Lima y Plaza del Óvalo, respectivamente—, un edificio de cinco

pisos. ¡Uno de los primeros anuncios de rascacielos! Dicha reconstrucción es un hecho inobjetable: la instalación de las modernas maravillosas maquinarias para la cervecería la exigía, tal como la aparición de vapores transatlánticos del calado de la «Reina del Pacífico» exigía la reforma de los muelles de nuestro puerto; pero la alegría y el orgullo al ver que el Callao se puebla de tales armatostes no me parece tan indiscutible. Una cosa es acomodarse a las condiciones de la época y otra cosa es considerar tal acomodación como una gran felicidad y una ventaja ganada al pasado. El edificio de muchos pisos tiene por corolario ineludible la vida en el subterráneo, porque necesita asentarse en una base profunda de resistencia. ¡Cuántos años hace que en las metrópolis de Europa y Norteamérica la infeliz gente menesterosa habita permanentemente bajo tierra, por no haber baratura de arriendos sino en los sótanos! El proletario peruano, que no sabe todavía lo que son las miserias de la supercivilización, en vano se congratula al ver a su ciudad entrar en la categoría de las urbes de rango.

¿Y qué orgullo por una obra de mera imitación? Obras de imitación que van uniformando al mundo, privándolo de la interesante variedad de aspectos que logran crear los pueblos que gozan de personalidad en todo lo que fabrican y muestran al extranjero. ¡Pueblos como el egipcio, el árabe, el incaico y preincaico! El arte de los arquitectos ha conseguido prestar aun al rascacielos un estilo estético, pero es un estilo ciclópeo que no encuadra dentro del ambiente tropical nuestro. La casa colonial, a pesar de tampoco ser creación local, cabía mejor en nuestro escenario. El antiguo edificio de la Compañía Nacional de Cerveza era más gracioso en la línea, más armonioso en el color que aquella rígida importación de Norteamérica que ahora ocupa su lugar. La Casa Piaggio en la calle Daniel Nieto —antes Calle del Arsenal— posee todavía el atractivo del siglo pasado, como una de esas

damas distinguidas que en la vejez son tan bellas como en la juventud, con una belleza de otro orden y de otro mérito. La Casa Piaggio de buena presentación hacia la calle, hermosa adentro, con anchos corredores en los altos, donde la familia habitante puede gozar de una vida privada en medio de luz y aire que alimentan, a la vez, plantas de decoración en artísticos maceteros.

Hasta ciertos fabricados de madera del siglo XIX han durado setenta años sin tropiezo alguno, y habrían durado más si el progreso mundial no los hubiese arrollado. El Callao tiene que despedirse de sus edificios ligeros, de sus corrales de gallinas y de sus establos dentro de la ciudad, entre los que contaba la simpática Lechería Suiza, hoy cine Alhambra, como quien se despide de la niñez, terminada prematuramente por un afán de adolescentes agrandados. Debiera despedirse con cariño y no con aspavientos, porque puede llegar la hora en que suspire por esa niñez digna de hacerse eterna en los pueblos meridionales.

SEGUNDA PARTE

El puerto

El puerto

Entre la inauguración del antiguo muelle y dársena y las nuevas obras portuarias, entregadas al servicio en 1934, median cerca de sesenta años. Dentro de este periodo, se realiza un crecimiento del calado de los buques, habiendo podido atracar los transatlánticos a su respectiva época con la misma comodidad en el muelle antiguo como hoy atracan al muelle nuevo. Todo crecimiento tiene que parar algún día, pero, en la actualidad, aquel a que me refiero parece estar todavía en curso.

Siempre he hecho objeción al nombre de «terminal» que se ha dado a los nuevos muelles; francamente, se me resiste usarlo porque, desde el punto de vista nacional, el puerto del Callao nada de terminal tiene para la navegación en las costas del Pacífico. En un editorial de *El Comercio*, del 30 de enero de 1937, se expresa una de esas verdades que son toda una definición de hechos que conviene ver así claro: «El Callao es un puerto de tránsito. Las líneas de navegación no terminan sus itinerarios en ese lugar».

¿Por qué no seguir diciendo «El Muelle» como siempre se ha dicho? Teníamos una Calle del Muelle; se hablaba continuamente de El Muelle. Podríamos tener ahora un solo muelle más grande, o distinguir, si fuera necesario precisar, entre el muelle antiguo y el nuevo.

Arrancan de la época del centenario amplios planes de perfeccionamiento del puerto. El antiguo y el nuevo muelle deben quedar unidos por obras que ganen aún más terreno al mar, permitan aumentar el número de espigones e instalar, en estos, servicios adecuados a las exigencias modernas, duplicadas por el movimiento de turismo que se está iniciando con entusiasmo notable.

La construcción de un dique seco, rápidamente ejecutada, y la formación de un puerto militar completan el aprovechamiento de la bahía.

Al puerto lo que es del puerto; pero, con la peculiaridad de mi criterio —para muchos, posiblemente excéntrico e individualmente aislado, e impotente para cambiar las corrientes del mar y de las ideas que prevalecen—, no puedo dejar de fijarme en la privación que sufre el vecindario del Callao con la pérdida de una larga extensión de playa que antes era campo de bañistas y pescadores. A las obras portuarias les reconozco el derecho de primar sobre intereses de otro orden, pero no a las obras de embellecimiento más allá de la Plaza del Pueblo, proyectadas por las personas que abogan por la prolongación del malecón Figueredo hasta La Punta, y el establecimiento allí de un barrio residencial. Algo de playa norte debiera dejarse a la gente modesta, que también es hija de la comunidad, ya que la playa sur es casi impracticable y, peor que eso, peligrosa para objeto de baño marino. Tenemos tantos sitios lindos donde poder formar barrios residenciales. Podemos edificar un Biarritz en cualquiera caleta lista para surgir de la nada a la popularidad y elegancia, sin quitarle a una ciudad sus lugares de desahogo. No estamos obligados a hacer del Callao un Río de Janeiro, porque hay muchos puertos en el mundo en los cuales la belleza no es la primera nota. Los turistas encuentran un Biarritz a cada vuelta de esquina, para eso no necesitan venir al Perú. El dinero para el enorme costo de la lucha con el mar nos podría servir para objetos más indispensables.

La Punta

Séame perdonada la herejía, pero a mí me hace La Punta el efecto de una lancha sobrecargada. A mi modo de ver, nunca debieron haberse levantado ahí construcciones de

valor. Debiera haber quedado reservado ese singular lugar para excursiones e instalaciones de baños para los chalacos y limeños. Hay tantos sitios donde se pueden fundar lindísimos villorrios de recreo. Para la gente de la calidad que ha colonizado La Punta, las facilidades de traslación son tantas que bien podría ella tener sus residencias en otra parte que los baños. Todo el lado sur del Callao, frente al Mar Bravo, cuyas playas son impracticables o peligrosas para bañistas, podría haberse apropiado sin perjuicio a la fundación de un barrio residencial costanero, a cierta distancia de la playa sembrada de la piedra rolliza que la caracteriza y cuyo aspecto sería, para muchos turistas, un ítem de novedad.

Los *chalets* y las calles que ahora pesan sobre La Punta obstruyen la perspectiva marina que antes se gozaba al visitar esa angosta y chata lengua de tierra, prolongación de la península en que está edificado el Callao. Era tal el ambiente marino de La Punta que, para un artista y poeta sensitivo, los más bellos jardines habrían constituido un desentono en el joyero de conchas y espumas saladas que la naturaleza creó originalmente.

El embate de las olas ha modelado de continuo esa débil tierra firme, y ha transformado en breves periodos su configuración a la vista del menos docto. Los dueños de las fincas erigidas son ahora los primeros que insisten en el tema de las defensas contra las erosiones e incursiones del mar, y en su calidad de pudientes tienen mucha probabilidad de prevalecer en su interés en la verificación de las obras de la prolongación del malecón Figueredo hasta La Punta. En el presente siglo, la ingeniería se ha hecho una maga potente, para cuyo arte no hay imposibles; ella domina la naturaleza, gobierna el curso de los ríos, desmonta cerros, improvisa islas, cruza abismos con puentes colosales, coloca agua donde hubo tierra y viceversa, hace lo que proverbialmente se declaraba utópico: poner diques al mar. Pero tales

maravillas no se las conjura con una varita de hadas, sino con millones de dólares. Y cabe preguntar si el Callao, con sus poblaciones anexas, por importante que sea el lugar que ocupa en la república, tenga derecho de absorber del presupuesto general de la nación tantos caudales como se necesitarían para formar explanadas, habiendo todavía tantas obras urgentísimas que realizar en este mismo vecindario y en el resto del país.

La naturaleza, que no parece carecer de la inteligencia que el género humano cree haber monopolizado, había tomado oportunamente sus medidas para compensar con adecuadas —y baratas— defensas el bajísimo nivel de las playas del Callao. Había creado la valla de hormigón amontonado por el ímpetu de las mismas olas que contra la tal valla tenían que estrellarse. Ordenanzas municipales prohibían que de ese muro de piedras sueltas se sacara material de construcción para la ciudad. Pero, al fin, el hombre desdeñó el concurso del poder natural y dio votos en favor de la obra de sus semejantes, que cada vez se enorgullecen más de sus habilidades. La ciencia militar y el lujo se disputan la región de La Punta y la isla de San Lorenzo, las cuales nacieron desnudas como sirenas del insondable elemento oceánico.

El 6 de octubre de 1915, por la Ley 2141, fueron elevados el balneario de La Punta y el pueblo de Bellavista, de caseríos que eran, a la categoría de distrito. Abandonado Chorrillos de la leyenda aristocrática, florece La Punta, consonante con las ideas de plutocracia, placer y nudismo modernos. Ha muerto Juana Charito, la sostenedora de la fiesta populachera del entierro de Ño Carnaval, y morirán también quizá uno por uno los pescadores que tripulaban la vieja embarcación pintoresca que añoro.

La isla de San Lorenzo

La historia de las islas que hay en el mundo daría tema para un romance bastante variado y ameno. La isla de San Lorenzo fue puesta por la naturaleza como un biombo delante del puerto del Callao, defendiendo las mansas aguas de la bahía contra agitadoras corrientes de aire y mar. Isla rocallosa cubierta de arena; conchas, arañas de mar, gaviotas, patillos, alcatraces, etc. Luego, un faro, pues era predestinado para portar una luz que guiara al navegante, algún misantrópico colono, amante de la soledad. Un panteón en el árido desierto. Canteras. Un muelle primitivo, un par de casas. Una estación de cuarentena para epidemiados. La fiebre amarilla, el cólera; buques fantasmas con carga de microbios. Alegres excursiones de colegiales y adultos desde el Callao. Los funerales del excéntrico alemán Walters, quien dispuso en su testamento que sus amigos hicieran el viaje de Caronte a la isla con el objeto de dejar sus huesos allá, lejos de coronas de flores y de coronas de misas. Los conejos introducidos por el excéntrico inglés... Y al fin, ese pedazo de piedra fue ocupado por los dioses de la guerra, y se encerró en su casco como una ostra. Ni más visitantes, ni más bañistas, ni más colegiales, ni más cazadores de mariscos, ni más misántropos.

Explosivos, base naval, hasta base aérea si se cortara la punta a los cerros y se diera a esa isla de San Lorenzo la forma de una torta, como la tiene la isla de Heligoland, en la desembocadura del río Elba en Alemania, que de manos alemanas pasó a manos inglesas y viceversa durante el vaivén de las luchas europeas. Heligoland, al igual que San Lorenzo, un lindo sitio para placeres veraniegos, fue un frecuentado balneario en tiempo de ingleses y fortificado en tiempo de alemanes, sin que estos ganaran con tal proeza la guerra de 1914. La ingeniería trabajó haciendo milagros en la isla de Heligoland; robusteció con cemento las paredes naturales de frágil

arenilla que ofrecían débil resistencia a los embates de las olas, y formidables cañones tomaron el sitio de carpas de baño. Un idilio perdido por un ensayo malogrado de épica. ¡Pobre San Lorenzo, si se le cortaran las puntas a los cerros que la naturaleza calculó bastante altas para proteger el Callao, emporio de comercio!

Los ingenieros baten palmas, y los poetas lloran por todo un encanto que va desapareciendo, y apostrofan a Marte, el fatal intruso en los talleres divinos de la belleza.

El Frontón

La Isla del Muerto, lugar que podría ser de resucitación de almas muertas si hubiera apóstoles que hablasen a los agónicos de fe o los endurecidos en el crimen. La Colonia Penal del Frontón es, de todos modos, de un gran adelanto sobre la antigua cárcel de Guadalupe y otros tristes antros de reclusión.

Agua artesiana

A la isla de San Lorenzo, lo mismo que a Ancón, hay que llevarle agua, porque tiene el inconveniente de no tener agua propia. Desde hace años queda pendiente la duda de que se pueda o no pueda dotarla de agua artesiana.

La Punta, que carece de canalización desde el Callao, resolvió el problema mediante la utilización de las aguas del subsuelo, pero, con el aumento considerable de habitantes, está ahora en vísperas de explotar en mayor grado este recurso.

La Compañía Peruana de Vapores también se ha independizado del servicio de agua potable del Callao, y ha instalado un surtidor propio. Esto no solo ha representado una enorme ventaja en vista de la escasez del líquido

indispensable, que tal vez ya se haya conjurado, sino en consideración de la calidad del agua, teniendo la de la canalización general un fuerte sedimento de sal que es muy dañino para los calderos de los vapores. El Callao, con sus consideraciones sobresalientes de puerto, acusaba para las personas a cargo de asuntos de navegación dos lunares: ese de la sal y el de la pequeña concha peculiar en la bahía que se adhiere al fondo de los buques, lo que hizo necesarias carenas demasiado frecuentes.

La piscina que se encuentra cerca del Real Felipe, un atrayente lugar de recreo que la municipalidad formó en honor del centenario, se surte de agua de filtración ligeramente salobre.

El Callao tiene el privilegio de tener agua artesiana a una profundidad que fluctúa alrededor de los 100 metros. Se advierte la facilidad y conveniencia que había en dotar de esta clase de suministro a los centros de gran consumo de agua. En la zona norte de la ciudad existe una serie de pozos artesianos, que pertenecen a la Factoría de Guadalupe, a la International Petroleum Co., a los muelles de la Snare Corporation y al Frigorífico. También poseen tales pozos la Inspección Municipal de Higiene y la Fábrica Nacional de Cerveza.

Las abundantes aguas del subsuelo chalaco provienen unas de filtraciones del Rímac, y otras, de vertientes de los Andes, como las que se encuentran en la faja sur cerca al mar, de donde La Perla y Bellavista podrían surtirse con excelentes resultados, por la calidad del aludido elemento, pues el agua del Callao, aunque antes era demasiado escasa en cantidad, ha sido siempre superior en calidad a la de Lima, que es rigurosamente potable solo a fuerza de una considerable aplicación de cloro, que es poco menos peligroso para la salud que las mismas bacterias que debe destruir.

El Varadero Heinrich

Los astilleros pertenecen al complejo de un puerto. Esto no quiere decir que un puerto comercial sea el lugar especial para la construcción de los buques, sino que allí no han de faltar talleres para refacciones o para la fabricación de embarcaciones menores anexas al movimiento marítimo. Hubo varios talleres de dicha especie en la playa hoy absorbida por los muelles y, entre ellos, el principal, el antiguo Astillero Heinrich que, por motivo de las innovaciones portuarias, ha sido trasladado más allá del rompeolas de la Frederick Snare Corporation.

Padeciendo el Callao durante casi diez años de la ausencia de un dique de carena, ha tenido el Sr. Eduardo Heinrich hijo una iniciativa privada digna de mención al establecer en conexión con su astillero un varadero capaz de resistir 1000 toneladas de desplazamiento, que fue inaugurado el 8 de octubre de 1936. En la instalación ha trabajado únicamente el elemento nacional, y fueron buzos nacionales los que ejecutaron el clavado de los pilotes y empernado de la línea submarina hasta profundidades de 25 metros.

El ocaso de los pescadores

Esos pescadores bronceados por los aires del mar, quienes, en débil esquite, montan sobre las olas espumosas y, luego, parados en las resbalosas piedrecillas de la orilla, halan y halan de la red pesada de la pesca; esos pescadores están cerca del ocaso de su industria, sujeta también a la amenaza inexorable de la transformación moderna. Como las lanchas fleteras, irán al depósito de trastos viejos los trabajados botes y utensilios que dieron años y años de sostén a sus dueños. Asoma en el horizonte —cual en 1531 la silueta de la expedición de Pizarro—, en 1938, la sombra de la «gran pesquería», que

revolucionará todo el orden relativo que reinaba en las costas peruanas, acontecimiento que se realizará con todas las características de la fatalidad inexorable.

El comercio de cabotaje

La ordenada y permanente recopilación de todos los datos referentes a dicho comercio constituye una verdadera necesidad pública. Satisfacerla llevará a una mejor y oportuna orientación al confeccionar los tratados de comercio, así como al resolver importantes problemas relacionados con el tráfico de cabotaje, los gravámenes impuestos a nuestra marina mercante y las medidas de protección oficial a esa marina. El Departamento de Estadística de Aduanas de la República lleva con laudable celo una información sobre el comercio internacional que se completaría con confeccionar los cuadros del comercio nacional. El tráfico de cabotaje ha sufrido últimamente notable reducción con el intenso servicio de camiones por las carreteras de la costa. Sin embargo, es imposible que la importancia del comercio de cabotaje retroceda definitivamente en una época de creciente desarrollo mercantil en el país.

Además de los daños de la competencia terrestre, ha sufrido la marina mercante de menor cuantía una serie de lamentables pérdidas, registrándose en enero de 1937 nada menos de 5 hundimientos de embarcaciones en el corto periodo de unos meses. La explicación de parecida fatalidad en un mar tan manso como el del Callao solo puede encontrarse en el mal estado de los barcos, que son adquiridos ya viejos, cuando se les inscribe en el registro de la Capitanía. A este respecto, se publica en *El Callao*, del 6 de enero de 1937, una sugestiva nota editorial llena de filosofía alemana, con su moraleja al pie. Se comentó ahí que un miembro de la redacción, conversando con un hombre público germano, inquirió si al Tercer Reich pudiera ocurrírsele hacer

algún reclamo por los buques incautados por el Perú durante la guerra del 1914, que aún se hallan surtos en nuestros puertos. Contestó risueño el visitante alemán con las siguientes palabras textuales: «No lo creo. Los países beligerantes contribuyeron todos con más o menos afecto al bien de Alemania, despojándola de unos cascos viejos y obligándola a echar al mar barcos nuevos de gran poder, que gastan menos y pueden más».

La pérdida de las unidades de nuestra marina mercante pide tan solo la compensación menor de que se ponga activamente la quilla a buques nuevos. Ojalá que no se descuide el puerto a causa de nuestra debilidad de creer importante solo lo grande y no lo pequeño.

La Compañía Peruana de Vapores

Los ciudadanos que recrean su vanidad en observar el surgimiento de exóticos rascacielos se olvidan casi por completo de poner su orgullo en una flota de vapores que pasee el pabellón peruano en todos los mares, no en son de hostilidad, desafío o agresión guerrera, sino de comercio e intercomunicación pacíficos. En la indiferencia de un público distraído por objetivos baladíes se ha ahogado parte de la vida de la Compañía Peruana de Vapores y Dique del Callao, que debió ser una esperanza y una realidad más bella de la que ha podido encarnar. Aquellos que sueñan con un Callao que fuese émulo, como ciudad de los grandes centros de población mundiales, sueñenlo ante todo como un puerto que posea compañías de navegación de primer orden.

El Mar Bravo

El Callao, edificado sobre una península y rodeado, desde luego, en tres lados por el mar, no puede contar mucho, sin

embargo, para objetos prácticos con la extensa ribera sur, donde el océano Pacífico se presenta bravío ante un terreno levantado apenas más de 10 pies sobre el nivel de las altas mareas. ¡Oh, continencia admirable de ese potentísimo elemento que perdona la vida al Callao cual a un cordero entregado a su merced! ¿Podría más la ingeniería máxima que la voluntad inescrutable que prohíbe el avance de las olas?

Dice el mar:

Allá en el lado norte, el hombre ha domado el mar; aquí en el lado sur, el mar doma al hombre. Allá he dejado lugares para baños y trabajos playeros; aquí me he reservado la zona entre la Peña Horadada, el Camotal y el Boquerón para despliegue de mi grandeza. Y lo más grande no es mi poder de empuje, sino mi poder de respetar la tierra. No me contengan a mí, el Mar Bravo; yo mismo me contengo, y si un día no me contuviera sería porque nada podría detener el destino que me impulsa.

No provoquéis al Mar Bravo, chalacos, que por él sois heroicos y respetuosos. Esas aguas saladas que a veces callan y a veces rugen os miran con los ojos verdes de un tigreillo que recoge de vuestros ojos el magne[tismo] de la bondad o la maldad de vuestros corazones.

En la playa sur, el zarpazo de las olas se he llevado víctimas incautas; en la Magdalena y La Perla, el oleaje ha roto diques y se ha tragado millones. Hombres, no sed confiados, haced lo que hizo el mar, dejad un sitio para todo, lo poético y lo profano, y para todos, los selectos y los vulgos, en esa larga línea de orilla que tiene una península. Chalacos, que por la inspiración del Mar Bravo tenéis el adjetivo de heroicos, tened también el calificativo de respetuosos y generosos. ¡Id a contemplar el símbolo de las virtudes que deben adornaros!

TERCERA PARTE

Miscelánea. Hechos, datos y detalles

De 1936 a 1938

Este periodo, iluminado por el entusiasmo del centenario, se caracteriza por la aparición de las siguientes obras públicas, fuera de las ya mencionadas del puerto, que están concluidas o por concluir:

- el Colegio Nacional Dos de Mayo, de instrucción media para varones;
- el nuevo local del Hospital Naval;
- el nuevo local del Hospital de Maternidad, en Bellavista;
- la Piscina Municipal;
- la Biblioteca Municipal;
- el Asilo de Ancianos;
- la refacción de la Escuela Fiscal de Moctezuma;
- el proyecto del Hospital Mixto, que pende del Informe de una Comisión nombrada por la Beneficencia en enero de 1937, que debía cumplir su cometido en un plazo de seis meses;
- el aumento de la provisión de agua potable mediante la perforación de dos pozos nuevos en los puquios del Chivato.

El Ómnibus urbano

En el año del centenario se nos ha obsequiado un servicio de ómnibus entre Bellavista y la zona de los muelles.

La Cuna Maternal

La institución establecida en los altos del Mercado de Abastos celebró estos días sus bodas de plata.

Las compañías eléctricas

Estas no se han distinguido en el servicio urbano, pues, en acción desde el año 1903, nunca han dedicado más que cinco carros a la circulación en la ciudad y actualmente solo atienden a este tráfico con tres carros, lo que es una irrisión como medio de transporte de pasajeros.

El clima y la atmósfera

El clima del Callao es benigno, poco lluvioso pero húmedo. En los meses de verano, una persistente neblina que va y viene tempera el calor. La proximidad del mar ejerce una agradable influencia.

Otra variable que influye en el clima es la atmósfera que forman los hombres con sus actividades. Comparado con años atrás, el clima del Callao acusa ligeras modificaciones que obedecen a causas naturales y la atmósfera, cambios que progresivamente se desprenden de causas artificiales. Si al Callao se le dio antes la fama de ser polvoriento, la localidad ha mejorado en este sentido, pero a las partículas de tierra suelta que solían hacer impuro el ambiente las vienen reemplazando el hollín de cocinas de petróleo y de chimeneas de fábricas, el polvillo despedido por la elaboración de ciertas materias industriales y el vapor de gasolina arrojado por los automóviles. Todavía en el Callao el tráfico no es intenso; si suceden accidentes no es por la complicación del movimiento, sino por la temeridad de los choferes.

En una disertación, incluida en *El Callao* del 24 de setiembre de 1936, el Dr. Manuel V. Carbonell, de Buenos Aires, nos ilustra sobre el envenenamiento del aire en las grandes ciudades y los medios hallados por la ciencia para prevenir o, a lo menos, atenuar los efectos consiguientes.

En la gran ciudad, el habitante aspira el humo de los centros de combustión, el polvo esparcido por doquier, las emanaciones del suelo cargado de materia orgánica, los gases de los vehículos y de las cloacas, los humos de la industria repletos de partículas minerales y de carbón, y los vahos de la gente aglomerada. La luz solar, encontrando impedimentos, disminuye y pierde su capacidad de destruir microbios; el aire no circula bien por más que se estudia la ventilación de las calles. Se calcula que, en Londres, las chimeneas arrojan diariamente 7 millones de toneladas de humo, que a su vez contienen 400 toneladas de hollín. Y en Bellavista, un lugar escampado, un punto atómico al lado de Londres, el jabón que se usa a diario se ennegrece por el hollín que contiene el aire a causa de un par de fábricas que existen en la localidad. Indirectamente, el hollín origina en las personas y los animales una depresión del espíritu, y, al atacar directamente al organismo físico con los compuestos nitrosos, clorhídricos y sulfúricos que entran en su composición, ocasiona irritaciones mucosas que predisponen a la tuberculosis. La antracosis, o sea, depósito de carbón en los pulmones, es una enfermedad peculiar de las ciudades industriales. Al anhídrido sulfuroso contenido en el humo, que en contacto con el vapor de agua que contiene el aire se transforma en ácido sulfúrico, se debe la pobreza o desaparición completa de la vegetación en los barrios fabriles, y la débil constitución de los niños en estos mismos centros. Lo que hay que procurar en defensa de semejante amenaza a la salud es una perfecta combustión en todos los hornos, sean domésticos o fabriles. Este preventivo es más esencial que la aplicación del aparato fumívoro.

Dice el Dr. Carbonell, con referencia a Buenos Aires, que el progreso de las tácticas para contrarrestar los daños del humo se retarda «por el mal ejemplo que dan las autoridades que llegan a veces a no cumplir aquello que exigen a los

demás». Pues, en un día frío y soplando un ligero viento del suroeste, se nos presenta la capital platense como envuelta en un sudario, formado por una niebla espesa, pegajuda y mal oliente que proviene del estado calamitoso y la mala combustión de los hornos incineradores de basura.

La mortandad causada por los factores indicados sería, sin duda, aún mayor de lo que es si la naturaleza no hubiese dado al hombre el don de una maravillosa adaptabilidad a las condiciones en que vive, y sucede, por ejemplo, que un individuo acostumbrado en su lugar natal a tomar agua de mala calidad siente un efecto desfavorable cuando en otra residencia toma agua mejor. Se comprende al fin que, en cuanto a higiene, entendida como ciencia de la salud y no de aseo y desinfectantes, los autos, las fábricas y los crematorios de hoy están en la misma categoría que los gallineros, establos y chiqueros de ayer, que con todo aspaviento se han desalojado por motivos sanitarios.

La acción que ejerce la ciudad y su consecuencia, la deserción del campo, es una cuestión que preocupa a los estadistas, los sociólogos y los higienistas, a la prensa diaria y en general a todos aquellos que han considerado el peligro que ello representa para la salud de los habitantes y para la riqueza de una nación.

En el año 1869, la población urbana de la Argentina representaba solamente el 28 por ciento de la población total de la República; en 1895 se eleva al 37 por ciento; en 1930 ya es mayor [que] la rural, pues llega a un 60 por ciento.

Como el Callao contempla en el año de su centenario el principio de una nueva era, o sea, tiene por delante proyectos que recién va a desarrollar, sería bueno que tomara en consideración las verdades que la experiencia de otros pueblos ha puesto en claro. La aspiración al ideal de metrópoli,

que se nota en el ambiente chalaco, debe ceder el sitio a una aspiración de constituir una ciudad bien organizada y bien cuidada, aunque se quede en dimensiones menores que las soñadas por ambiciones impulsivas.

Del plan para el nuevo Callao debe excluirse la implantación de industrias que no se relacionen directamente con necesidades del puerto. Las ciudades fabriles deben fundarse aparte de las ciudades populosas, para no comprometer con sus humos y ruidos la salud de mayor número de habitantes que el estrictamente indispensable. Se debe huir del ideal de la ciudad monstruo, en que el terreno adquiere tal valor que es preciso acomodar a miles de habitantes en las entrañas de la tierra y levantar cerros de casas que convierten las calles en barrancos, lo que convierte el clima natural de un lugar en una atmósfera mortífera o deteriorante para el cuerpo y el espíritu.

En fecha del 4 de setiembre de 1936, el inspector municipal de Higiene del Callao oficia al alcalde sobre un asunto de intoxicación, diciendo que, en oficio n.º 8 de febrero de 1936, había actuado con relación a una queja de los vecinos de Chucuito acerca de un polvillo que esparcía la fábrica de yeso El Águila, y que ahora, en setiembre de 1937, un grupo numeroso de chucuiteños había reiterado la protesta, en vista del incumplimiento de las disposiciones municipales relativas. Agrega el Dr. Osvaldo Dulanto, inspector de Higiene, que dicho polvo no solo fastidia, sino que entraña un peligro para el aparato respiratorio, lo que origina la enfermedad conocida con el nombre de neumoconiosis.

De febrero a setiembre median más de seis meses, y el ejemplo citado es típico de los daños que se consienten por un hábito de procrastinación que debemos procurar sacudir, en homenaje a nuestras más legítimas aspiraciones al adelanto. Prevenir es mejor que curar, pero si llega el caso de curar, la cura inmediata es la más eficaz.

La mortalidad en el Callao

En *El Comercio* del 17 de junio de 1936 se comenta la información sobre la mortalidad local proporcionada por el *Boletín Municipal* del mes de mayo. De 117 defunciones, corresponden 33 a la tuberculosis y 78 carecen de clasificación, y es en estos dos puntos en que se detiene la crítica. Es evidentemente grande el número de las causas de muerte no clasificadas con relación a una época en que la averiguación oficial se ha hecho tan rigurosa, sin que, por eso, según parece, se contengan sensiblemente los males de enfermedades, crímenes, movimiento de indeseables, etc., que se desea combatir.

La cifra relativamente enorme de tuberculosis no se puede admirar. Las personas que están en condiciones de acordarse de la calidad y baratura de los comestibles que hubo hace 40 años saben que la nutrición no es igual que antes. Los vicios han ido en aumento. La actividad en las fábricas es extenuante para el físico humano; el tráfico urbano e interurbano, excitante para los nervios y, desde luego, debilitante. Hasta la moda ha intervenido en el asunto, suscitando el ideal de la sílfide pretuberculosa, cuando en el siglo pasado se deliraba por la buena moza gorda. Si hoy precisamente se empieza a desistir del afán de la silueta, la juventud que crece es hija de la sílfide medio muerta de hambre y frío, sin ser pobre.

Toda persona enferma inclina a atribuir su quebranto a la culpa de otros, a exceso de trabajo, a imperfecciones en la sanidad pública, al viento o sol, pero no debe olvidarse de la parte que a esta misma le toca, por descuidar las precauciones elementales en favor de la salud. A los daños higiénicos obligados por la impiedad de las exigencias del trabajo se agregan los atentados privados imposibles de amenguar por un control extremo. Resfríos, borracheras y malas noches innecesarias han mandado a la tumba no solo a muchos viejos, sino también a jóvenes.

Cuenta el escritor chalaco, que firma con el seudónimo de Dr. Gillette, en febrero de 1937, que ciertos aficionados al baño en el Callao, quienes ya no disponen de las instalaciones adecuadas para el caso que había en la zona norte, se entregan ahora a las olas en cualquier pedazo de playa que encuentran, y cometen la espantosa locura de ponerse la ropa de calle sobre la ropa mojada para regresar a su casa. ¡Qué de enfermedades del pecho tienen que ser el resultado de tal procedimiento!, y quien es capaz de ser tan temerario con su cuerpo en el respecto aludido, ¿en cuántos otros respetos no lo será? Los jóvenes creen poder hacer impunemente cuanto les pide el gusto y no piensan en las cuentas que le presentará tarde o temprano la naturaleza escarncida. Muy lenta habría de ser la reforma por medio de carteles sanitarios de semejantes mentalidades que no pecan por falta de oportunidad de instruirse, sino por un desprecio de buenos consejos y una ausencia de voluntad de gobernar su conducta.

Hay asuntos de salud en que nadie fuera del individuo puede mandar, y se suele considerar demasiado poco esa rémora que constituye el albedrío individual en las luchas relacionadas con la materia. Por lo demás, los quebrantos sociales que son causa de mortalidad o desmoralización dependen en mayor grado de una falta de medios o de interés por subsanar malas condiciones que de una falta de averiguación de los particulares pertinentes. Las estadísticas nos han dicho ya cuál es la relación entre el domicilio y la mortandad, y cuántos y cómo son los domicilios tachables, pero ¿quién proporciona los domicilios mejores, quién regala caños de agua para casas de inquilinato increíblemente pobladas, etc., etc.?

Los hospitales chalacos

La Beneficencia Pública del Callao ha formalizado, desde enero de 1937, un proyecto de establecer un hospital mixto, el

cual tendrá, probablemente —dentro del espíritu de la época—, tendencia a algún despliegue de lujo. Nada voy a decir en contra de que sí se incluyan los edificios de hospitalización en el número de las obras que deben prestar elegancia a una ciudad, y de que los gastos ocasionados por instalaciones primorosas, como también las rentas necesarias para proporcionar una asistencia gratuita a los menesterosos, sean cubiertos por las subidas pensiones que se puedan cobrar a los clientes pudientes. Solo insisto en la tesis que, como el hilito rojo de las sogas de la marina británica, corre por toda esta monografía: lo sencillo fue bueno y lo será siempre, y lo es a veces más que lo lujoso, cuando sucede que el interés por la forma llega a primar sobre el interés por el fondo. En un hospital, el equipo científico es una gran cosa, pero, sobre todo para la gente pobre que constituye una legión, el amor puesto en la asistencia significa más que la eventualidad de ser curado con los últimos milagros del arte médico.

Los dos antiguos hospitales del Callao, el de Guadalupe para varones y el de San Juan de Dios, en Bellavista, para mujeres, han estado a tanta altura que recientemente han dispuesto de ciertos elementos quirúrgicos que ni en Lima existían y que hasta ahora se produce el caso insólito de que, en cuanto al hospital de mujeres, ingresan a él muchas pacientes que vienen de Lima, y que lo prefieren al Hospital Arzobispo Loayza.

El Dr. Gillette, quien se ocupa hace meses del proyecto del hospital mixto, concuerda con mis ideas, diciendo que, en primer término, habría que resolver si se quisiera fundar un local destinado a resistir el embate de los tiempos o un local ligero, más fácil de adaptar a los requerimientos de los progresos en marcha, cuyo rumbo —por más que se pretenda adivinar— constituye todavía una incógnita. La edificación ligera no debe de ninguna manera ser descartada, ni una asistencia modesta de enfermos tenida en menos, al tratarse, no de clínicas para adinerados, sino de institutos de beneficencia.

Las rentas de la Beneficencia

Los hospitales de la Beneficencia, el de Guadalupe y el de San Juan de Dios, fueron fundados hace unos sesenta años, cuando se calculaba en 10 000 almas la población del puerto, que hoy asciende a 70 000 u 80 000. Se comprende que la ampliación indispensable de dichos locales tiene que implicar un aumento considerable de gastos; la Beneficencia derivaba su entrada principal de la venta de boletos de lotería, además del rendimiento de sus fincas. En sesenta años ha habido, por supuesto, alteración en el valor de esas fincas, por deterioro, y ha habido también cambio en el valor del producto de la lotería, por causa de cambios de costumbres. Como ya he dicho, ha sido doloroso, para los menesterosos de esa población que constituye el objeto de la actividad de la Beneficencia, que un aumento de rentas de la institución haya debido derivarse del encarecimiento de las casas que ella alquila.

La Beneficencia no debería desempeñar el rol de hacer negocios, sino únicamente el de prestar auxilio a los indigentes, y para eso debería tener asignada una entrada adecuada al estado de cosas actual y no de medio siglo atrás. En estos momentos, me parece que sería oportuno apropiarse a dicha institución humanitaria una parte de las ingentes ganancias que se obtiene de los espectáculos de deporte.

Las rentas de la municipalidad

La Municipalidad del Callao aparece cohibida por falta de fondos, y arrastra actualmente las consecuencias de pasadas imprudencias financieras. El municipio debiera recuperar el dominio sobre la recaudación de las rentas de los predios que le fue enajenada, y que es la fuente de ingresos más lógicamente suya, porque se refiere a un tributo pagado por

terrenos locales. Al dictarse la Ley de Saneamiento, que entró en práctica en 1927, se autorizó al Gobierno a incluir los predios en los medios para cubrir las obligaciones del contrato con la Foundation Company, pero, como el Callao fue exceptuado de este contrato haciendo arreglos en otra forma para efectuar las obras de canalización, no se justifica de ninguna manera que el Concejo Provincial haya carecido y carezca todavía de las importantes sumas que arroja el impuesto aludido. La falta de una renta tan saneada induce a que el municipio recurra a una multiplicación o a un aumento de pequeñas gabelas para procurarse fondos, y a que se lastime en su autonomía y poder de iniciativa, dependiendo de subsidios fiscales para atender a cualesquiera mínimas exigencias de mejora que se presentan. Una localidad próspera presupone cierta capacidad propia de la comuna.

Cuestiones contenciosas

Puede decirse que la actual ciudad del Callao creció, en el principio, subrepticamente, puesto que, después del terremoto de 1746, el virrey de entonces tenía la intención de no permitir que los pobladores volvieran a radicarse en la zona asolada por la catástrofe. La conveniencia pudo, sin embargo, más que la extrema precaución y, tal como al año de una erupción terrible del Vesubio, los agricultores italianos vuelven a sembrar en las fértiles faldas del volcán, los vecinos chalcos se acercaron de nuevo al mar portador del tráfico comercial. Pero esto se hacía sin sanción oficial y de ahí que los derechos de propiedad sobre los terrenos en la faja marítima sean, en gran parte, de carácter precario.

Además, el valor de los terrenos entre el Callao y Bellavista era en un tiempo tan ínfimo que cualquiera usurpaba un lote de tierra que otro dejaba abandonado, de manera que

abundaban casos en que un segundo ha prosperado con el andar de los tiempos en posesión de un inmueble que un primero no supo estimar y conservar. También hay casos en que el terreno pertenece a uno y la edificación a otro.

Ante el tejido de conflictos de derechos e intereses producidos del modo indicado, cabe la posibilidad de encenderse muchos pleitos enojosos y de activarse juicios que sirven no tanto para dilucidar justicia y beneficiar a los litigantes como para alimentar tinterillos y envenenar los ánimos entre vecinos. Valdría la pena hacer una pequeña limpieza, más bien ideológica que legalista, a fin de que la nueva época del Callao no nazca tarada de herencias desarmonizantes.

Tengo un ejemplo en el cual está comprometida mi propia pluma. En agosto de 1937, el señor Nosiglia, dueño de la hacienda Aguilar, obsequió a la Beneficencia Pública del Callao un terreno cuadrangular —situado en Bellavista, entre la avenida Bellavista y el Club de Tiro al Blanco—, terreno en el que podría haberse edificado un local especial para la Maternidad o para la Escuela de Huérfanos, la cual se proponía sacar de su antigua ubicación en el Hospital de San Juan de Dios, por razones de ampliación o mejoramiento. La opinión pública brincó, porque dicho terreno se encuentra en un sitio que cualquiera creería perteneciente al distrito de Bellavista, y no a la hacienda Aguilar, y se halla notoriamente en litigio judicial. Interpreté el pensar bastante natural de muchas personas, publicando un «suelto» en *El Callao* del 28 de agosto. Sin embargo, me diría, tras madura reflexión, que mejor habría sido aceptar el regalo, aprovechar de la prenda y haber puesto fin a un juicio fastidioso. Ciertamente que era curioso que el dueño del fundo Aguilar regalara un objeto al cual tenía un derecho discutido, pero se podría haber disimulado un afán muy frecuente en nuestros semejantes de no dar su brazo a torcer —¿no era bastante que entregara la prenda?—.

Aquellos que insisten demasiado en sus derechos formales se olvidan de que ellos han omitido oportunamente protestar contra un abuso o una extralimitación, y son, desde luego, responsables en parte del perjuicio del que se quejan. Estos reclamantes morosos han dado lugar a que el usurpador cree una servidumbre que es justo reconocer como argumento en un juicio; pues una persona que se ha acostumbrado a alguna comodidad sufre, cuando se le quita, más que el reclamante que no la ha gozado porque la ha dejado escapar.

De la hacienda Aguilar se compraron los terrenos para el Cementerio Protestante, el Tiro al Blanco Internacional y alguna finca particular, los que hoy integran el villorrio de Bellavista. Según las explicaciones que hace el ingeniero I. A. Morales en un informe evacuado en 1920 por orden del Municipio de Bellavista, los nombrados terrenos no correspondían a la hacienda, sino al distrito y, por el otro lado, el Sr. Morales opina que la jurisdicción de Bellavista alcanzara originalmente hasta cerca del Mercado del Callao, por lo que se podría iniciar una disputa de fronteras sobre el campo de las calles Arequipa Sur, Tacna Sur y Vigil. ¿Quién no vería un absurdo en suscitar tales desavenencias? Mejor que ganar un juicio es sostener ninguno. Ya se sabe que, para satisfacción de una curiosidad platónica respecto a derechos originales y medio caducos, existe en el Museo Nacional de Lima el plano de Bellavista que el presidente Gómez, de Venezuela, obsequió al Perú con motivo del centenario de la República en 1921.

Además de litigios sobre terrenos, son de interés los litigios sobre surtidores de agua, que también los ha habido en la circunscripción de la provincia del Callao y de lo que voy a ocuparme en capítulo aparte.

Los surtidores de agua

Un informe firmado por los señores R. B. Silva y F. Wiese, síndicos del municipio chalaco en 1909, reúne, entre otros, algunos datos no generalmente conocidos por el público. Todo el mundo sabe que el Callao se surte de los puquios del Chivato, que recogen aguas de las filtraciones del Rímac. «Jamás podrían ser de propiedad privada», dice con evidente razón el citado documento, «las que siempre ha aprovechado la población del Callao, ni han podido estas aguas ser objeto de transacciones de cualquier género».

Sin embargo, en 1846, pretendió el entonces dueño del fundo de La Legua, don Juan Gallagher, tener derecho sobre el agua de los referidos puquios, y ser quien pudiera ceder ese elemento en beneficio del Callao. El municipio chalaco defirió débilmente a la teoría insólita defendida, en querella judicial por el representante de la hacienda de La Legua, aunque una resolución del 1 de setiembre de 1848 desautorizó los alegatos del latifundista. Solo en 1868 se suspendió el pago de 50 soles mensuales en que habían consentido los personeros del Callao para asegurar un derecho de utilizar supuestos sobrantes del regadío de la nombrada hacienda. Los dueños del fundo Miranaves también reclamaban pensión por el uso de un pozo, arbitrio que se suspendió en 1907, por lo que se canceló una deuda no justificada, por abonos devengados.

En Bellavista ocurre una cosa análoga con el puerto del Callao: se niega igualmente a este villorrio el derecho natural e inalienable a un surtidor de agua que existe en la hacienda Aguilar. En uno de los años recientes de sequía extraordinaria, o sea, 1936, pensó el vecindario de Bellavista hacer campaña para recuperar el uso de las aguas provenientes de los puquios de la hacienda Aguilar, que, en memoria de personas que aún viven, suplían antes con abundancia todas las necesidades del lugar. Un análisis del agua de dichos puquios, hecho

científicamente en la Clínica Anglo Americana de Bellavista, ha dado por resultado que es de calidad excelente, superior a la de los puquios del Chivato, pues, siendo esta de filtraciones del Rímac, la otra procede de vertientes de la sierra, sin contaminación de ninguna clase. Y no es solo que la calidad superior del elemento en cuestión y el innegable derecho tradicional de la Villa del Conde de Superunda a los indicados surtidores sean motivos que hayan animado a una lucha por un objeto perdido a causa de incuria lamentable; es que nunca está tan bien servida una entidad que recibe los suministros no directamente, sino por un intermediario. El Callao siempre le ha fijado horas a su arbitrio, a la villa de Bellavista, para gozar del suministro de agua. No se puede prever cuánta o qué poca agua le sobrará al Callao en años entrantes, cuando la ciudad se desarrolle a sus anchas. Además, podría repetirse un terremoto como el de 1746; podría también realizarse un bombardeo en la zona norte, que es [zona] militarizada y sufrir [la interrupción de] los servicios de agua. Entonces, el pueblo de Bellavista, con agua propia, podría ser otra vez el salvador de la catástrofe.

Decíase que el señor Nosiglia había manifestado al Concejo Distrital que no se oponía al reclamo de los bellavisteños, y era nada más la indolencia de los muchos pudientes afincados en esta villa la que impedía que se reunieran unos tantos miles de soles para tender la canalización hacia la calle Grau y he ahí señalado uno de nuestros grandes defectos como ciudadanos: no tenemos la misma idea de cooperar por el bien público. El uno reniega del otro porque no hace lo que debe, pero todos tienen la culpa. El municipio no hizo ningún esfuerzo, pero tampoco lo hizo ciudadano alguno, ofreciendo un sacrificio por el bien de todos, el suyo inclusive.

No parece posible que ahora no haya gradiente suficiente para que el agua de los puquios de la hacienda Aguilar baje a Bellavista, salvo que haya bajado el nivel de las filtraciones allí

acumuladas. El crecimiento de Bellavista desde ahora hasta en cincuenta años podría ser también un punto de consideración en caso de no ser muy grande la reserva contenida en el surtidor. No pretendo insistir porfiadamente en la campaña a la que me asocié en 1936, pero concibo, por todos los datos que tengo, que, en la zona sur, donde se encuentran situadas las poblaciones de Bellavista y La Perla, debe haber buenas aguas de subsuelo, de origen serrano. Creo que en el aún no concluido Cuartel de la Guardia Chalaca se ha dado con un surtidor de esta clase, independiente de los puquios de Aguilar, y que Bellavista bien podría tomar un agua que viene desde arriba y no esperar que, desde abajo, del Callao, se le ceda una provisión a capricho de la ciudad mayor. Agua limpia para Bellavista sería una ventaja para todos y para las buenas relaciones vecinales, puesto que hasta ahora, a lo menos, no solo los villorinos, sino también los campesinos, se disputan amargamente el suministro disponible.

Los censos de la Beneficencia

Existen en la zona llamada «Chacaritas», o sea, en la región en la que se presume que nacerá el nuevo Callao, unos terrenos que figuran como dados a censo por la Beneficencia, pero que son considerados por sus ocupantes, a mérito de larga posesión y derechos adquiridos, como presunta propiedad suya. Al acercarse la avalancha del reciente progreso en dicho vecindario, los poseedores de los mencionados inmuebles han acudido al procedimiento de la redención del censo para asegurar el dominio de los inmuebles en que se hallan radicados. Los representantes por el Callao, ante el Congreso que funcionaba en 1936, presentaron a la consideración del cuerpo legislativo un proyecto de ley que facultaba a la Beneficencia Pública del Callao para recuperar aquellos terrenos dados a

censo, pagando al poseedor el valor de la construcción y además el del terreno, *fijado con sujeción al arancel que regía en el año anterior al de la iniciación de las obras portuarias recientemente realizadas.*

El legislador descuida, por favorecer a una institución tan estimable como lo es la Beneficencia, el aspecto del trabajo humilde que, a su vez, es estimable y necesitado de estímulo. ¿Por qué adjudicar a la Beneficencia la entera plusvalía adquirida por esos terrenos que ahora prometen fácil y segura venta y pingüe producto? ¿Cuenta por nada la contracción de esas familias que soportaron durante años las graves penalidades de un trabajo ímprobo en los terrenos pantanosos por las inundaciones del Rímac? Deber del Gobierno y de los legisladores sería levantar, en lo posible, a las clases cuyo trabajo no pudo recompensarse adecuadamente por no poder desenvolverse con la ayuda de tantas condiciones accesorias que se hallan a disposición de entidades dotadas de alguna fuerza económica. ¿Qué mísero valor tendrían las construcciones erigidas por un pobre labrador en una pobre chacara?, o ¿qué valor tendrían los terrenos húmedos y palúdicos, antes de que con la palanca del capital se lograra desecarlos y antes de que algún imán atrajera el interés general hacia los montes nutridos por las filtraciones del río? ¿Cómo decirle a la fortuna que se vaya a otra parte cuando quería tocar la puerta a esa gente para honrar su trabajo y coronar su paciencia? ¿Tendrían solo los afortunados un derecho a más golpes de fortuna? No, en el interés de la ciudad está que tal gente no degenere y forme el temible residuo de la profundidad, el hampa, que se advierte en todas las ciudades grandes. Despedir a dichas familias con una pitanza, destruida la fe en un destino propicio que algún día pueda premiar el trabajo humilde, ¡no! Darles a esas familias cualquiera suma de indemnización que no serviría para comprarles una nueva chacara, ¡tampoco! Dar dinero, sea con parsimonia o con largueza, creyendo que así ya no haya lugar a la pregunta «¿Qué

es de tu hermano?» no es caridad ni cumplimiento del deber cívico. El Estado, el municipio o la Beneficencia deben buscar un nuevo sitio y preparar la nueva industria para las personas que por necesidad pública se desalojan del escenario de un legítimo trabajo. De otro modo, se ha llevado únicamente una fórmula, pero no se ha hecho otra de previsión social.

Un decreto interesante

En 1936 se ha expedido un decreto digno de ser recordado, que dice:

El Presidente de la República

Considerando:

Que los derechos de matrícula para ejercer la industria de pesquería por su naturaleza de gravamen a una clase industrial pobre es de los que pueden y deben ser abolidos.

Que es norma invariable del Gobierno propender en cuanto sea favorable al mejoramiento económico de las clases menos favorecidas de la nación:

Decreta:

Derógase el artículo 3.º del decreto de 9 de junio de 1922 que determina y clasifica los derechos de matrícula para ejercer la industria de la pesquería, así como todas aquellas disposiciones gubernativas que establecen gravámenes al ejercicio de la mencionada industria.

Dado en la casa de Gobierno, en Lima, a los cuatro días del mes de noviembre de mil novecientos treinta y seis.

(f) Oscar R. Benavides

T. Iglesias

Este decreto establece un valioso precedente en materia de legislación en favor de industrias humildes. El documento comprueba que no es una excentricidad mía, sino un pensamiento del Gobierno, que la tributación indispensable para sostener los gastos de la nación no debe pesar sobre trabajadores humildes, cuya industria importa generalmente un bien indeclinable para la colectividad, pero que es tan poco productiva, que pone a sus ejecutores en el caso de ser auxiliados por el Estado y no de ayudar económicamente al Estado.

Como en la industria frutera y tantas otras populares, a las que ya me referí en página anterior, aun en la misma clase popular, hay grandes diferencias de condición económica. Hay frutereros y pescadores, comerciantes en carbón, etc., de categoría holgada y de categoría pobrísima. La mirada de un buen gobernante tiene que fijarse en las diferencias de fortuna para señalar a cada uno su obligación de coadyuvar o su derecho de ser auxiliado, en relación con el orden público. Las ideas sobre tales puntos económicos han sido hasta ahora muy confusas, tanto en el gran público como en los legisladores. La idea igualitaria, altamente perjudicial para el establecimiento de un buen criterio en el asunto aludido, ha ido hasta el extremo de citar como un ejemplo digno de aceptación unánime que en los países adelantados rige la gratuidad absoluta de la instrucción como un principio aplicable, lo mismo al hijo de un millonario como al hijo de jornaleros. Imposible es que un criterio sano conciba que el hijo de un millonario deba aprovecharse de una instrucción

gratuita costeadada por el Estado a base de óbolos que rinda el pobre para el rico, al igual del hijo del jornalero que reciba en la escuela el óbolo del rico para el pobre. No es el marxismo el que va a salvar al mundo, sino un poco más de reflexión sobre las realidades de la vida, y un poco más de comprensión mutua entre los hombres de diversas clases y diversas condiciones.

Centros de disciplina

Pese a quien pese, es en los institutos religiosos de educación o asistencia social donde más se cultiva la disciplina, que es un elemento de poder espiritual sin el que difícilmente se llega a deseados éxitos materiales. El poder que confiere la disciplina tiene que ser ejercido sobre sí mismo antes de ser ejercido sobre los demás, y si la disciplina se detuviera en originar un dominio sobre los actos propios, jamás habría objeción que ponerle.

Los hospitales y la Escuela de Huérfanos, administrados por monjas, ofrecen en el Callao el mejor de los testimonios. La plausible insinuación de separar la Escuela de Huérfanos del Hospital de San Juan de Dios en Bellavista tropieza solo con el inconveniente de que las madres ya acreditadas en el ejercicio de las funciones que requieren ambos asilos no podrían duplicarse y atender a dos locales. Sin embargo, con el tiempo se hallará, sin duda, medios para que haya dos locales y dos grupos de servidoras religiosas.

Casi siempre, tan luego como se entra en un establecimiento conventual o en una parroquia, se nota limpieza, orden, nitidez y la dulce ornamentación de flores de un jardín primorosamente cuidado. Es el buen aspecto de tales buenas realidades el fruto de un asiduo esmero, fruto de una disciplina que ha vencido la pereza, la inconstancia y la deficiente tenacidad de individuos no educados.

Lo que hace la educación religiosa lo hace también la educación militar. Váyase a visitar el cuartel de Ayacucho, la Comisaría del Real Felipe o la Comisaría de Bellavista, y también ahí se encuentran el jardín y un cierto aspecto de orden y aseo, debido a un régimen riguroso: el régimen de la obediencia, que es característico, con sus ventajas y desventajas, del clero y la milicia. Parece que el primer impulso de todo mortal fuera destrozar; el indisciplinado destroza, el disciplinado crea. Y luego, el indisciplinado observa con disgusto que los disciplinados se rodean de un aspecto de prosperidad que él no puede alcanzar, porque, por más que todo lo poseyera, lo malograría en un momento.

En el Callao del presente predomina la idea de renovación, pero de un modo casi disparatado, a lo menos en la mente de las multitudes, que se expresa, por lo pronto, en una especie de vandalismo e iconoclasia. Nada de antes se quiere conservar, nada de sencillo se quiere estimar.

De generación a generación

En la segunda cuadra de la avenida Bolognesi de Bellavista, hay una hermosa arboleda que originalmente embellecía el acceso al pueblo mencionado, de la manera como se ve en muchísimos pueblos de provincias y aun cerca de Lima, en la Magdalena Vieja y Miraflores.

Este acceso partía del antiguo paradero del ferrocarril inglés, cuyo pequeño local de espera todavía existe ahora que escribo. Anda por estos trigos una septuagenaria llamada Tomasa, quien dice:

Aquellos ficus son mis hijos. Cuando se propuso formar esa arboleda, todos se negaron a aceptar la oferta de 20 centavos por estaca que se hacía para el cuidado de la plantación, y mi

esposo y yo fueron los únicos que nos allanamos a criar los retoños bajo tal condición.

Asegúrase que los ficus de la Plaza de Bellavista fueron plantados por la cantinera Marta, la legendaria acompañante del coronel Oré en sus correrías al mando de Piérola hasta la entrada a Lima en 1895. Ella vive todavía para consultarle sobre la veracidad del dato.

Los ficus de la alameda que conduce al Cementerio Protestante los hizo plantar el cónsul británico don Jorge Wilson, y los guardianes del mencionado panteón miran también —como la señora Tomasa— como miembros de su familia a los árboles que ellos se dieron el trabajo de regar con baldes de agua hasta que prendieran bien las raíces. El espíritu de la época de antes era otro que el de la era presente. Ahora, centenares de niños de las escuelas plantan estacas, cumpliendo con una ceremonia anexa a la Fiesta del Árbol, que en el siglo XIX no se celebraba, y luego voltean la espalda y los retoños se secan.

Comprar, destrozar y volver a comprar es el método actual, método de herederos que derrochan un patrimonio sin gastar la solicitud que gastaban sus padres. Cosas nuevas a manos llenas, pero ¿durarán lo que duraban las antiguas, doradas con una pincelada de abnegación amorosa?

Civismo

Un bellavisteño musita:

Mire cómo se ha levantado aquel templo [señalando la iglesia de la parroquia] o ¿no es cierto que ese edificio es obra del dinero de la población, reunido mediante limosnas y kermeses originadas por las damas lugareñas? Si así se ha podido

levantar en pocos años la obra de una iglesia, ¿no podría levantarse del mismo modo cualquiera obra útil de género distinto? Proponerse una obra, hacer colecta y no molestar al Estado sería un procedimiento más noble y más rápido que el usual.

El bellavisteño de marras sueña con iniciativas privadas, lo último que a cualquiera de entre nosotros se le ocurre. La idea no es mala, el propósito no es infactible, con tal que no se pretendiera comenzar con proyectos colosales; pero ni a los proyectos chicos se atreven nuestros compatriotas. Siempre se oye hablar de los curas con un retintín de animosidad. Sin embargo, los clérigos cumplen con su deber trabajando para su culto, aunque además hagan todo lo que los demás harían: trabajar para sí mismos. Si en lugar de vociferar contra los sacerdotes se parase mientes en el ejemplo que dan, se adelantaría con menos sinsabores.

En 1936, todo el mundo clamaba por agua, pero nadie se moría para conseguirla. Los laicos podrían, sin duda, haberse procurado una pila de agua potable como los clérigos se procuran una de agua bendita; lo que perjudicó a los laicos era que no pedían limosnas ni organizaban kermeses para el objeto.

El clero sabe que la gente no da un centavo para fines de bien general mientras no se le asusta con Dios o el diablo. El público está harto de colectas de dinero por parte de la Iglesia, pero da y puede dar. No faltan pudientes que podrían atender a ambos puntos, el Cielo y la Tierra; lo que no hay es energía o hábito de terciar en asuntos comunales. Mejor dicho, ha surgido, desde hace tiempo, el párroco que sabe animar a su grey y la grey que recuerda al párroco, pero no ha surgido el alcalde que sepa sugestionar a los ciudadanos ni el ciudadano que se complazca en cooperar con el alcalde.

Los problemas y la historia de una ciudad

Los problemas de una ciudad son los problemas de todas las ciudades: provisión de agua y luz; pavimentación, orden del tráfico; precio de las subsistencias; eliminación de desperdicios; ornato, y tranquilidad del elemento habitante. Estos particulares se resuelven con más o menos dificultad según los detalles de las circunstancias.

También en la historia de las ciudades hay analogías fundamentales, aunque grandes diversidades en la forma: hay épocas de incipencia, de florecencia y de peligro; momentos dramáticos de incendio, de plaga, de enemigos a las puertas, de zozobra civil. El Callao, siempre importante cuando era ostentoso, tuvo que ser el objetivo de ataques y no pudo dejar de participar en acontecimientos que afectaban a Lima. De todos los percances salió con relativa felicidad. Los bombardeos que realizó la escuadra chilena durante el bloqueo de 1880 no produjeron estragos muy considerables, pues en aquella época hubo pocos buques que tuvieran cañones de más largo alcance que los de las baterías en tierra, y nunca se presentó combate como lo hicieron los españoles en 1866.

Dios preserve al Callao de cualquiera de esas monstruosidades de guerra moderna que se llama «civil» en España y que no se llama «guerra» en la China. Si el Callao nace hoy para una nueva era, que nazca para un orden de vida que no sea imitación y repetición de aquellos métodos que han llevado al mundo en general a una culminación de zozobras, de odios y desconfianzas. Sea el Callao nuevo de veras entre las ciudades del orbe, nuevo en la patentización de los ideales de que se precia la América sin que se vea hasta ahora la emancipación moral de este continente de la vieja y caduca tradición europea.

Todavía cuantos males que nos han visitado han tomado una forma benigna de acuerdo con el suave temperamento de

estas latitudes; sin embargo, nos hemos contagiado siempre con las morbideces ajenas y, al no velar bien sobre nues[tra] salud auténtica, podremos tener algún día ocasión de arrepentirnos de haber presumido demasiado de nuestra inmunidad.

Se sueña con una América baluarte de la paz y patria de muchedumbres cosmopolitas, tierra de hospitalidad y liberalidad, fruto del pensamiento generoso de forjadores de naciones. Se sueña, y ¿si, al despertar, el sueño se desvaneciera? ¿Si, en la realidad, mezquinas intransigencias hubiesen cerrado las puertas hospitalarias que debían estar abiertas?; ¿si el pensamiento entusiasta de los primeros legisladores hubiese sido borrado?; ¿si la ambición de fuerza y poderío no hubiese resultado en la defensa de una noble independencia, sino en un reto a funestas rivalidades o en una querella de hermanos excluidos del sacramento de la comunión?

Son muchos los escritores que se ocupan del engrandecimiento del aspecto exterior de las principales localidades nacionales. ¿Y qué hay del engrandecimiento y la solidez interior de nuestras poblaciones? Las bombas pueden destruir las fortalezas y los alcázares. No hay productos seguros contra las derrotas que decreta el destino; pero es lo interior del pueblo que devuelve a Alemania abatida su rango entre las naciones. Es el interior del pueblo que colocará una fúlgida corona de gloria sobre la España arruinada por los extranjeros.

Casi todos los pueblos caen en los mismos errores, con lo que se sugestionan los unos a los otros. Cuidemos de dejarnos sugestionar con aspectos frívolos de otros pueblos, hasta el grado de olvidarnos de nuestra alma original. La obra del porvenir no ha de basarse solo en ingeniería y fondos monetarios. El frío espejo que copia la imagen de otras ciudades refleja los antros junto con los palacios. No seamos espejos, sino cuadro pintado con la brocha de un artista de nuestra propia raza.

Última palabra y testimonios

Los lectores habrán notado en mi trabajo poco entusiasmo por el fausto que se anuncia para el próximo porvenir del Callao y algo de apología del pasado, que muchos quisieran dar por liquidado. Seguro es que nunca se liquida el pasado, que es parte inalienable tanto de una personalidad colectiva como de una persona simple. Alguien que no reconociera la persistente importancia de ese pasado sería como un individuo aquejado de un ataque de amnesia, que no supiera el origen y la razón de su ser en el presente. Solo el cómputo de lo que hubiera de mejor o peor en una época o en otra puede darnos una pauta para la construcción del porvenir, en que debiéramos poner lo más que fuera posible de lo bueno de todas las épocas.

Lo que a todos seduce, el lujo y el poderío, a mí no me atrae. Muchos se preocupan del fausto de las ciudades, pero hay también otros aspectos que mirar y, deseando ser útil, los miro, no solo porque en ellos puedan hallarse desgracias que aliviar, sino venturas ignoradas que descubrir. Algunas advertencias más quizá podrían ser útiles, ¿pero qué difícil que sean aceptadas! ¡Advertencias que van contra las ambiciones corrientes, contra las ilusiones de la hora, contra las teorías que están en auge!

En medio de todo, he tenido la suerte de encontrar uno que otro testimonio ajeno que coincide con mis puntos de vista y pueden servirme para probar que no soy única y excéntrica en ciertas apreciaciones que posiblemente extrañen al público.

«Para vencer, se necesita plata, plata y más plata», decía Napoleón I. Esta es una opinión en que todos convienen sin demora, pero habrá que preguntar ¿vencer en qué? y ¿de qué modo? Vencer en guerras y en campeonatos no es lo más bello a lo que la humanidad pueda aspirar. Y si ella quisiera vencer en lides más nobles, no vencería por magia de dinero, dinero y más dinero, sino de educación, educación y más educación.

Como he dicho, los problemas de una ciudad son los de todas las ciudades. ¿Serán siempre problemas de fortificación, de criminalidad provocada por la miseria, de desvalidos incurables arrojados por el torbellino del avance urbano? ¿Aprovechará algún día una ciudad la experiencia de otra ciudad?

Somos tan reacios al bien y, sin embargo, en el fondo, todos lo queremos; solo nos falta, para traducirlo en realidad, educación, disciplina, o sea, dominio sobre nuestros ímpetus; nos falta más educación y más estudio, más saber.

Ahora paso a los testimonios prestados por varios publicistas en un sentido conforme a ciertos alegatos míos igualmente opuestos a una indolencia perniciosa como a un dinamismo extremo.

El editorial de *El Callao* del 28 de marzo hace referencia a un incendio habido en Iquitos, que consumió un barrio con el cual «urbanamente nada se perdía, porque era una barriada primitiva y abominable que tarde o temprano tendría que haber desaparecido para sanear y hermosear la Capital Oriental». Los 100 000 soles enviados por el Gobierno como subsidio destinado a atenuar el siniestro, continúa diciendo el editorial, «deben emplearse para rehacer ese barrio llamado Belén, pero convirtiéndolo en verdadera zona urbana, de aspecto decente».

De ahí pasa el editorialista a recordar un barrio parecido al que fue el de Belén en Iquitos, que existe en Lima, a las faldas del cerro San Cristóbal, y ha sido bautizado con el nombre de Puerto Arturo. Es esta una ranchería construida con latas, trozos de telas y adobes pillados de aquí y de allá. Los fundadores y habitantes son gente desalojada por inundaciones de la vera del río Rímac, y expulsada después de callejón en callejón viejo y pobre, hasta inventar el acomodo que, sin duda, pronto también les será disputado por los representantes de la sociedad y el urbanismo. El sitio, cerca de la corriente de Piedra Lisa, cuenta con agua y desagüe; ahí no

se pagan gravámenes, no viene el casero, no llega el cobrador de las gabelas de luz ni baja la policía. Pero, desde el puente Balta, apunta el editorial, «la zaquizamía levantada ofrece una perspectiva desagradabilísima». La población parece ascender a 1000 almas.

Es curioso contemplar la vida que allí se hace, en un cuartel que carece de comodidades modernas, pero que sienta a gentes que poco tienen que gozar en la vida [...]. Es preciso contemplar con tiempo este problema. Dios nos libre de atentar contra los fueros sagrados de la pobreza siempre respetables; *pero es posible combinarlos con los de la estética urbana, con los del futuro de nuestra capital, que no puede quedar con un antro más, fuera de los que ya existen en Manzanilla, el Lince, y otros sitios.*

Cierto que es posible [hacer] con ayuda del Gobierno casas de cemento por chozas de latas, cajones y costales; pero ¿efectúase tal trueque en realidad? Hasta ahora solo hemos visto que, al reconstruirse un barrio paupérrimo en forma decente, no ocupan las nuevas casas los indigentes que antes habitaban en el lugar, y que, en cambio, principian a regir allí los arriendos, los impuestos y las gabelas de que habían huido los pobres de solemnidad a refugios como Belén y Puerto Arturo. El ántrax se retira evidentemente a otro sitio, no se sabe dónde, y constituye un brote movable de la mala sangre de una gran ciudad, que hace sufrir a la larga atroces dolores a todo el organismo urbano. De este modo, el problema no está aún solucionado, y solo lo estará cuando se instale un barrio suficientemente amplio para recoger a la población verdaderamente indigente bajo techos ceñidos a las nociones de civilización.

Según Bertillón, más del tercio de la población parisiense vive en alojamientos sobrepoblados, por lo que falta el cubaje necesario de aire.

En San Petersburgo, la capital de Rusia en tiempos del zarismo, se estableció un reglamento que exigía que la anchura de las calles sea igual a la altura de los techos, de modo que los rayos del sol no quedasen excluidos de los pisos bajos de las casas. ¡Imaginémonos calles de la altura de los techos que correspondieran a una ciudad como Nueva York con sus rascacielos de más de 100 pisos! En París se ha permitido que las calles tengan de ancho solo 12 metros para casas de 18 metros de altura, y ahí se constatan muchos más casos de tuberculosis en los pisos inferiores que en los superiores, a pesar de ser ocupados los primeros y segundos pisos por gente de más categoría. Inglaterra consiguió, en el periodo de medio siglo, reducir un 80% la mortalidad a causa de tuberculosis, con solo poner afán en mejorar la vivienda.

Se ve, pues, que es por justo motivo y no mentalidad anticuada que me opongo al novelero entusiasmo con el que se saludan los rascacielos que asoman en este vecindario. Aunque se reglamente como fuera debido, el ancho de las calles en relación con la altura de los edificios y engalanáramos nuestras ciudades con bellísimas avenidas, quedaría insubsanable la circunstancia de la vida en los sótanos, lo que desde hace mucho tiempo es cosa corriente en Europa y Norteamérica, y de la que no saben todavía las clases proletarias de estas felices costas del Pacífico.

A nosotros se nos anuncia, desde solo hace unos meses, el sótano como una panacea modernísima contra pavorosos peligros de guerra, con la que se nos asusta en medio de seductores celajes de paz. Se nos quiere reconciliar con el sótano como con tantas otras cosas que el buen sentido rechaza de primera intención, y son semejantes conciliaciones con el mal los principios de las rutas que conducen a tardíos desengaños.

Otra cita en abono de los conceptos míos podría tomar del interesante folleto «El problema de la educación del aborigen peruano», del Dr. Alfonso Torres Luna, el extinto jefe de la Sección Psicopedagógica del Ministerio de Fomento.

Este autor recalca en su atinado estudio, escrito en 1934, sobre la esterilidad relativa de ciertos institutos nacionales pródigamente montados en el orden material. En la loable faena de fundar escuelas para apartadas colectividades indígenas, se empezaba por construir una casa para el director, con todas las comodidades usuales en una metrópoli, en cuya instalación se gastaba más de la mitad del dinero que aportaba el Gobierno. En cuanto a la instrucción, ella se realizaba con elementos de primera clase, que quedan fuera del alcance de los educandos tan luego como, terminados sus estudios, abandonan el plantel, por lo que toda aquella esmerada enseñanza no puede complementarse con una futura aplicación. Lo mismo que advierte el Dr. Torres Luna en los institutos en provincias se advierte en Lima; por ejemplo, en el Puericultorio Aranibar, en el Hospital Loayza y en varias escuelas domésticas. En el asilo Larco Herrera, lo primero fueron las residencias y los jardines para los directores; en el puericultorio, los huérfanos se habituaron a una elegancia que significa contraer gustos que los perjudicarán en su vida posterior. Considerando la enorme cantidad de necesitados que hay en nuestro país, como en todos los países, para cuyo alivio el Estado no se da abasto, sería mejor socorrer a un número mayor, aunque con elementos de menos perfección. Así se sacaría más provecho del mismo costo. Además, aunque escuchamos de labios de ilustres visitantes halagadores elogios de los institutos de ciencias, artes, instrucción o asistencia social que con orgullo exhibimos, se oyen también comentarios sobre falta de una compilación de datos que la asiduidad de los directores y empleados debiera haber agregado a la buena instalación permanente y al buen funcionamiento diario de tales centros. En las bibliotecas se extrañan catálogos; en las oficinas, informes bien archivados; en las clínicas, registros de los casos tratados. En fin, es incompleto el contenido que los especialistas nacionales ponen en los vasos [sic] que, a cambio de hartos dineros, se traen del extranjero.

El rumbo en el que ha entrado el pensamiento general es algo arriesgado. Es lógico, es justo que se contemple la transformación o modificación de muchas partes del cuadro urbano, es justo que se responda al llamado de la época —que, como todas las épocas, tiene sus modelos especiales—, pero no hay que perder los estribos, no hay que obsesionarse con la impresión de un momento que no ha de durar lo que duran los momentos. ¿Cuál sería la generación más rica, la que se complacía en conservar los muebles de sus abuelos o la que no quiere usar ya el automóvil que usó el año pasado?

La pobreza no es cuestión de clase. Entre los pobres, cuentan aristócratas venidos a menos, plutócratas fracasados, gente de la clase media que nunca llegó a prosperar o proletarios que nunca tuvieron una oportunidad de salir de la estrechez pecuniaria o que se quedaron estacionarios por falta de sentido económico.

Las virtudes tampoco son cuestión de clase. Es ociosa la lucha de clases. Con ella no se da en el clavo. El clavo, el blanco, es encontrar al verdadero menesteroso y socorrerlo de verdad, y encontrar, en medio de todos los pueblos, razas y partidos, las verdaderas virtudes capaces de reformar al mundo. El Callao, que entra en su segunda centuria, cual una niña que entra en el año segundo de edad, debe saber de peligros gracias a experiencias acumuladas por sus mayores. ¡Y vaya que es peligrosa la época que se abre a su paso adelante!

El crecimiento de ciudades como Lima y el Callao dependerá, cada vez más, no del aumento progresivo de sus habitantes propios, sino del ingreso de inmigrantes.

La inmigración desde las mismas provincias del país es un tema tratado en *El Callao*, en uno de los días de marzo de 1938. Inmigración no deseable, porque equivale a nutrir un órgano del cuerpo con materia tomada de otra parte del cuerpo, lo que es empobrecer a este, y no enriquecerlo del modo como sucede con la nutrición normal. La afluencia de campesinos a las metrópolis es un problema que ya ha sacado canas a los

estadistas de la vieja Europa, entre ellos, Mussolini. El grito del día «la vuelta al campo» es la lección de una de las experiencias europeas que debemos escuchar. No se debe pedir ni perseguir que el Estado concentre todos los fondos fiscales con el objeto de prestar atractivo a un par de ciudades principales, y permita que crezcan hasta la monstruosidad. La Constitución debiera fijar un límite al tamaño de las ciudades mayores.

Por el otro lado, la inmigración desde el extranjero, además de inevitable, es beneficiosa, siempre y cuando se realice a un compás que no supere el poder de absorción de nuestro medio. Lograda tal inmigración, con la cortedad de vista que percibe solo el advenimiento de competencias comerciales, surge, a veces, en relación con ella, un sentimiento de animosidad que no es justificado, y se olvida que cada nuevo habitante constituye, en general, un consumidor, un contribuyente y un iniciador de actividades que amplían la civilización del lugar. Lo que el vulgo objeta al inmigrante extranjero habría que objetárselo más bien a los gobernantes y dirigentes nacionales que no mostrasen ilustración y acierto en controlar esa inmigración conforme al derecho que le asiste de garantizar la soberanía de los nativos dentro de su propio territorio. Sin un consentimiento de abusos de parte de los colonos, no cabe odiosidad contra los extranjeros, de cualquier raza que sean, porque toda raza es buena y todas las razas se amalgaman finalmente al país en que viven.

Los prejuicios y las agitaciones contra determinadas razas son casi la causa fundamental de las guerras en el mundo, causa que tarda en madurar su fruto, pero que lo rinde sin falta venenoso y cruel como un gas asfixiante de la guerra moderna. Comencemos temprano a aceptar con hospitalidad generosa y con circunspección precavida a los extranjeros que acabarán por invadirnos como colonizadores si no los admitimos pacíficamente como colonos.

La nueva aurora del Callao se presta a iniciar una época serena. No inclinemos el oído a errados consejos, no

concibamos erradas ambiciones, admirando grandes despliegues materialistas que encierran tremendos infortunios para la humanidad. Paz sea contigo, benigno y relativamente inmaculado suelo del primer puerto de la República del Perú. Paz sea contigo por la inspiración de la sabiduría divina y la voluntad de los hombres de obedecer al imperativo supremo, y por la esperanza que ha puesto la América en tener una historia digna de un siglo avanzado.

Bellavista, 1 de abril de 1938

Se terminó de imprimir en junio de 2025
en los talleres gráficos del Centro de Producción
Imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
Jr. Paruro 119, Lima, Perú. Teléfono: 619 7000, anexo 6009.
Correo electrónico: ventas.cepredim@unmsm.edu.pe
Tiraje: 300 ejemplares